Revista política bimestral
Nº 52. Enero 1987. 275 pesetas

inprecor



MUJER. El "socialismo real" en femenino. *J. HEINEN*

DOSSIER. Nuevas tecnologías y movimiento obrero.

CHINA. Las reformas de Deng Xiaoping. *E. MANDEL*

INDICE DE INPRECOR Nº 1 A 50

inprecor

revista política bimestral de la Liga Comunista Revolucionaria.

Director: Miguel Romero. **Maqueta:** Encarna Albarrán. **Fotocomposición:** Esperanza Valiente. **Imprenta:** Gráficas Canigó. **D.L.** 40029/79.

Boletín de suscripción

- anual (6 números): Estado español, 1.650 ptas. Europa: 31 dólares. Resto del mundo: 40 dólares.
- *cheque o transferencia bancaria a:* LCR. cuenta corriente nº 01-504000-2 del Banco de Vizcaya. Agencia urbana Glorieta de Bilbao. MADRID.
- *envíos contrareembolso:* enviar una carta a **Editorial Leviatán. Apartado de correos 50.370 (Cibeles). 28080-MADRID,** con los datos del boletín que viene a continuación:

Nombre . . . .

Dirección . . . .

Código Postal. . . . **Ciudad (provincia).** . . . .

País . . . .

Renovación ☐ **Suscripción** ☐

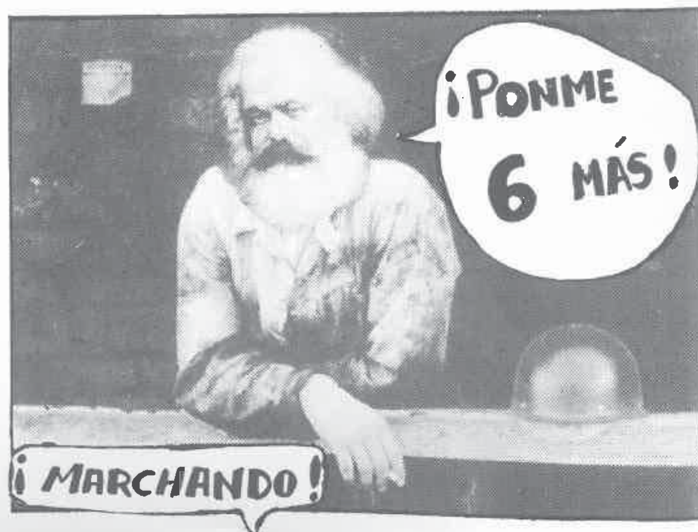
INPRECOR

revista quincenal en francés publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

- **suscripción anual** (25 números): 250 FF. Envío por avión: 280 FF.
- **transferencia bancaria a:** PEC. BNP agencia Robespierre. 153, rue de Paris. 93108 Montreuil. Francia. Cuenta 230179/80.

sumario

Con este nº 52 termina la suscripción 1986. En la página 31 está el boletín de suscripción para 1987





Abrimos este número con un artículo "rescatado". Hace tiempo la editorial Ariel publicó una antología de textos de Isaac Deutscher con el título "Herejes y renegados". Dentro de ella se encontraba el artículo que publicamos ahora, "La conciencia ex-comunista", incluído por Deutscher originalmente en su libro "Rusia in Transition". El libro está agotado y es inencontrable desde hace años, hasta el punto que nos hemos visto obligados a hacer una nueva traducción. El descubrimiento de la impresionante actualidad del texto nos ha venido de los colegas de "Critique Communiste", cuya edición hemos utilizado.

La reformas de Gorbachov despiertan cada día mayor interés. La "perestroika" se ha incorporado ya a la jerga periodística. Pero no pueden comprenderse sus obstáculos y posibilidades sin conocer la realidad social de la URSS. El artículo de Jacqueline Heinen sobre la situación de las mujeres soviéticas, un tema prácticamente desconocido hasta ahora, revela un nivel de opresión más allá de lo que podía suponerse, aunque Gorbachov ni siquiera ha aludido al problema entre sus proyectos reformadores.

El dossier sobre las nuevas tecnologías que constituye la parte central de este número nos permite cumplir el viejo proyecto de dedicar a este tema una atención especial. El dossier pretende informar sobre el estado de los debates en los dos países europeos donde la discusión y la investigación ha avanzado más: Francia y la República Federal Alemana. En el próximo número publicaremos un nuevo y polémico trabajo, más en profundidad, basado en la experiencia francesa. Y más adelante esperamos contar con materiales sobre la situación en otros países, incluyendo por supuesto éste de aquí.

En fin, Ernest Mandel ha escrito en medio de las grandes movilizaciones de los estudiantes chinos, un artículo estudiando las reformas de Deng Xiaoping. El texto no pretende sustituir a un análisis sobre estas movilizaciones, que publicaremos en un próximo número, pero constituye un muy útil y muy oportuno material de referencia.

Por exceso de original nos hemos visto obligados a aplazar al próximo número artículos sobre la movilización estudiantil y obrera en Francia y sobre el 30° aniversario de las revueltas antiburocráticas en Hungría y Polonia en 1956. Nuestros lectores encontrarán estos artículos entre otros en el n° 53, con el que empieza el período de suscripción de 1987. No hay que decir que esperamos que se renueven las suscripciones de 1986 e incluso vengan algunas más. Nos gustaría habérnoslo merecido, y que incluso quienes piensen que "no del todo", quieran seguir echándonos una mano. □



"Todas las ilustraciones de este artículo, salvo el dibujo de la página 10, están tomadas de revistas de oposición de Europa Oriental".

LA CONCIENCIA EX-COMUNISTA

Isaac Deutscher

El presente texto de Isaac Deutscher forma parte de la obra publicada por el autor en 1957, bajo el título Rusia in Transition. **En él, el autor de la biografía clásica de Trotski analiza una obra colectiva que acababa de ser publicada en aquel momento,** The God Thatfailed, **(El Dios que cayó) en el que Koestler, Silone, Gide, Louis Fischer, Richard Wright y Stephen Spender, todos ellos antiguos compañeros de ruta o militantes del stalinismo, se retractan de su compromiso, autocriticándose.**

La increíble actualidad de este texto escrito hace treinta años nos ha asombrado. En él, Deutscher muestra de forma luminosa en qué atolladeros y en qué renuncias desemboca la funesta labor de todos los "herejes y renegados" del stalinismo que abandonando toda ligazón con el comunismo, el marxismo y el pensamiento utópico, acaban convirtiéndose frecuentemente en los más encarnizados defensores de un pensamiento ultra-conservador y restauracionista, reconciliado con el mundo burgués. Leyendo a Deutscher, descubrimos lo poco que innovan los nuevos "decepcionados" de Mayo del 68, de la URSS, de China, de la autogestión y del "socialismo": siguen amparándose en Koestler y repiten los estereotipos "antitotalitarios".

Cuenta Ignazio Silone que un día bromeando con el dirigente comunista italiano Togliatti le dijo: «La lucha final tendrá lugar entre comunistas y ex-comunistas». En esta broma hay una brizna de verdad, aunque sea amarga. En las batallas de propaganda contra la URSS y contra el comunismo, el ex-comunista o el ex-compañero de viaje es el tirador de élite más activo. Con el mal humor que le diferencia de Silone, Arthur Koestler dijo la misma cosa: «*Siempre pasa lo mismo con vosotros, los anticomunistas anglo-sajones, insulares, bien instalados. Detestáis nuestros gritos de Casandra y nos consideráis como aliados, pero nosotros, los ex-comunistas, somos los únicos de quienes están a vuestro lado que conocemos verdaderamente el problema...*». Ahora seis escritores —Koestler, Silone, André Gide, Louis Fischer, Richard Wright, y Stephen-Spender— se han unido para desenmascarar y destruir a los dioses caídos.

La legión de los ex-comunistas no es compacta. Está diseminada y muy diferenciada. Sus miembros se parecen mucho unos a otros, pero difieren entre sí. Tienen rasgos comunes y características individuales. Todos han abandonado un ejército y un campo, algunos como objetores de conciencia, otros como desertores, y otros finalmente como merodeadores. Algunos de ellos se atienen tranquilamente a su objeción de conciencia, mientras otros exigen medallas en un ejército al que antes combatieron. Todos llevan trajes raidos y trozos de su antiguo uniforme, adornado con nuevos andrajos desparejados. Y todos llevan consigo su común resentimiento y sus reminiscencias personales.

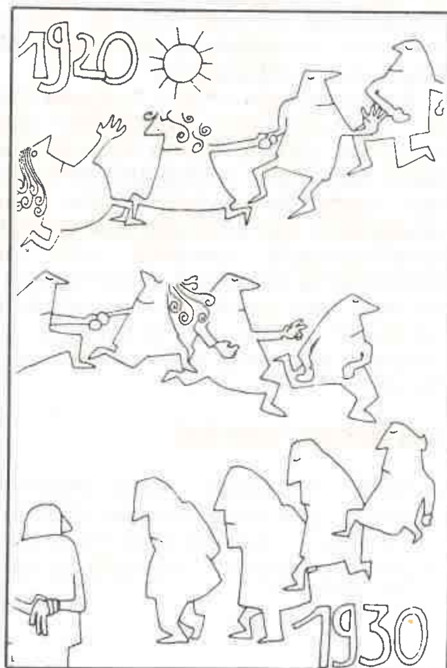
El Dios que cayó

Algunos entraron en el partido en un cierto momento, otros más tarde; la fecha en la que entraron está relacionada con toda su experiencia. Aquellos que, por ejemplo, entraron en los años veinte lo hicieron en un movimiento muy abierto. Las estructuras del partido eran muy fluidas; no entraban entonces en un molde totalitario. En un comunista todavía tenía valor la integridad intelectual; todavía no había sido abandonada en beneficio de la "razón de Estado" impuesta por Moscú. Los que entraron al partido en los años treinta comenzaron su experiencia en un nivel muy inferior. Desde un principio, fueron tratados como reclutas por los sargentos mayores en los cuarteles del partido.

Esta diferencia se hace notar en la calidad de los recuerdos de los ex-comunistas. Silone, que entró en el partido en 1921, recuerda ardorosamente su primer contacto; relata la excitación intelectual y el entusiasmo moral que animaban al comunismo de esos primeros momentos. Las reminiscencias de Koestler y de Spender, que entraron en el partido en los años treinta, muestran la total ausencia y la esterilidad intelectual de su primer contacto con él. A Silone y sus camaradas les interesaban intensamente las ideas fundamentales antes y después de haber sido absorbidos por las fastidiosas tareas cotidianas.

En la historia de Koestler, su "asignación" al partido, ya desde un principio, borró cualquier tipo de convicción personal y de ideal. El comunista de los primeros reclutamientos era un revolucionario, antes de convertirse, o esperar que se convirtiera, en un pelele. El comunista de reclutamientos más tardíos tenía pocas posibilidades de respirar el verdadero aliento de la revolución.

No obstante, en un principio las razones de su compromiso eran semejantes, si no idénticas, en casi todos los casos: experiencia de la injusticia o del envilecimiento social, comprensión de la inseguridad que llevan consigo las crisis económicas y sociales y ardiente deseo de un ideal o de un objetivo o de una guía intelectual segura para salir del carcomido laberinto de la sociedad moderna. Los recién llegados sentían las miserias del antiguo orden capitalista como intolerables, y el foco incandescente de la Revolución rusa resaltaba estas miserias con una agudeza extraordinaria.



El socialismo, la sociedad sin clases, la desaparición del Estado: todo parecía estar a la vuelta de la esquina. Pocos entre los recién llegados tenían una idea premonitoria de la sangre, el sudor y las lágrimas que estaban por llegar. El intelectual converso al comunismo tenía la impresión de ser un nuevo Prometeo, con la diferencia de no estar atado a una roca por las cadenas de Zeus. «*En lo sucesivo nada puede turbar* (es Koestler quien recuerda de este modo su estado anímico de entonces) *la paz y la serenidad interior del converso, excepto en algún momento el miedo a perder de nuevo la fé...*»

Nuestro ex-comunista denuncia ahora amargamete sus traicionadas esperanzas y esto le parece algo casi sin precedentes. A pesar de todo, cuando describe con elocuencia sus esperanzas y sus ilusiones de antaño, se puede detectar un tono extrañamente familiar. De un modo similar Wordsworth y sus contemporáneos, una vez perdidas sus ilusiones, contemplaban retrospectivamente su inicial entusiasmo juvenil por la Revolución francesa:

«*La felicidad era vivir ese nuevo [amanecer*
Y ser joven era un don del cielo».

El intelectual comunista que rompe emocionalmente con su antiguo partido puede reclamarse de un noble linaje. Beethoven hizo pedazos la portada que llevaba por título "Heróica", en la que dedicaba su sinfonía a Napoleón, cuando supo que el primer cónsul estaba dispuesto a sentarse en un trono. Worsdsworth denominó la coronación de Napoleón "un triste revés para el conjunto del género humano". A través de toda Europa los entusiastas partidarios de la Revolución francesa se quedaron estupefactos al descubrir que el libertador corso de los pueblos y el enemigo de los tiranos era, él mismo, un tirano y un opresor.

Del mismo modo, a los Wosrdsworth de nuestra época les sorprendió ver a Stalin confraternizando con Hitler y Ribbentrop. El que en nuestros días no se haya creado ninguna nueva 'Heróica", no es obstáculo para que se hayan destrozado muchas páginas

con dedicatorias de sinfonías no compuestas.

En *El Dios que cayó* Louis Fischer trata de explicar con algunos remordimientos y de forma no muy convincente por qué había adherido durante tanto tiempo al culto a Stalin. Analiza las diversas razones, algunas de las cuales toman forma lentamente, otras más rápidamente, que determinan el momento en el que los comunistas se "recuperan" de su entusiasmo por el stalinismo. La fuerza del desengaño europeo respecto a Napoleón era poco más o menos así de desigual y caprichosa. Un gran poeta italiano. Ugo Foscolo, que había sido soldado de Napoleón y había compuesto una *Oda a Napoleón el Libertador,* se volvió contra su ídolo tras la paz de Campo Formio, paz que debió de anonadar a un "jacobino" de Venecia, del mismo modo que el pacto germano-soviético pudo anonadar a un comunista polaco. Pero un hombre como Beethoven permaneció aún siete años bajo los encantos de Napoleón, hasta que vió al déspota despojarse de su máscara republicana, lo cual tuvo un efecto revelador semejante a las purgas de Stalin en los años treinta.

No puede haber mayor tragedia que la de una gran revolución que sucumbe ante la fuerza armada que debía defenderla contra sus enemigos. No puede haber espectáculo más repugnante que el de una tiranía post-revolucionaria revestida con las banderas de la libertad. El ex-comunista está tan justificado moralmente como lo estaba el ex-jacobino al revelar y revolverse contra este espectáculo.

Un abrazo mortal

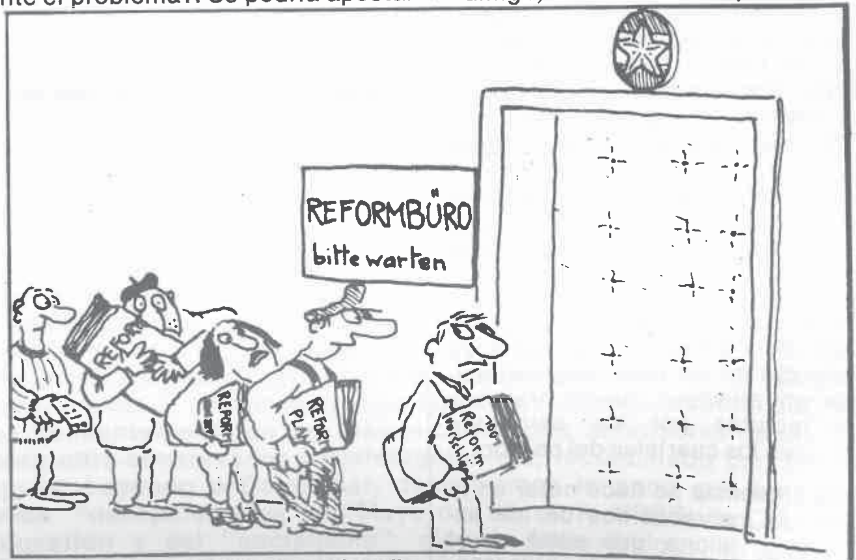
Pero, ¿es cierto, como pretende Koestler, que los ex-comunistas son los únicos..." que conocen verdaderamente el problema?. Se podría apostar a que la afirmación inversa es la única cierta: los ex-comunistas son los que menos lo conocen.

De todos modos, las pretensiones pedagógicas de los hombres de letras ex-comunistas parecen totalmente exageradas. La mayoría de ellos (Silone es una notable excepción) nunca han estado en el interior del verdadero movimiento comunista, en lo más profundo de su organización legal o clandestina. Como norma general, pertenecían a la franja literaria o periodística del partido. Sus nociones de ideología y doctrina comunistas provenían de su propia intuición literaria, penetrante a veces, pero frecuentemente errónea.

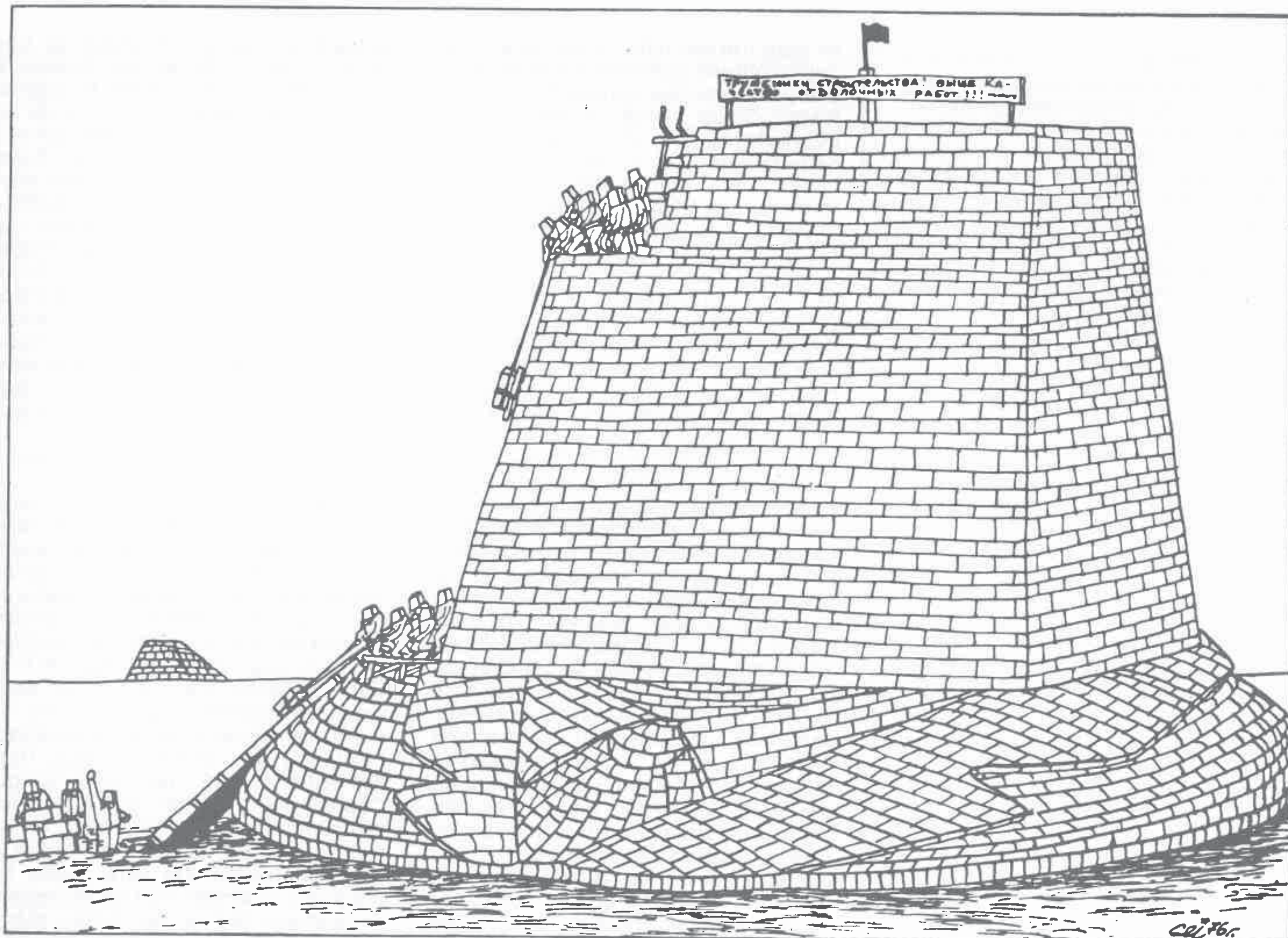
Todavía peor es la característica incapacidad del ex-comunista para tomar ciertas distancias. Su reacción emocional frente a su entorno precedente le mantiene en un abrazo mortal y le impide comprender el drama en el que estuvo parcialmente implicado. La imagen que saca del comunismo y del stalinismo es la de una gigantesca cámara de horrores intelectuales y morales. Viendo esto, los no-iniciados tienen la impresión de que no se trata de política sino de pura demonología.

A veces el efecto artístico puede ser fuerte, el horror y la demonología forman parte, evidentemente, de numerosas obras poéticas, pero políticamente es incierto e incluso peligroso. Por supuesto la historia del stalinismo abunda en horrores. Pero éste no es más que uno de sus elementos; e incluso debe ser traducido en términos de motivos, de intereses humanos. El ex-comunista ni siquiera intenta esta traducción.

En un extraño momento de autocrítica real, Koestler confiesa: «*Como regla general, nuestras memorias novelan el pasado. Pero cuando se ha renunciado a una creencia o se ha sido traicionado por un amigo, el mecanismo opuesto se pone*



"Oficina de reformas. Esperen, por favor"



en marcha. A la luz de este nuevo conocimiento, la experiencia original pierde su inocencia, se estanca y huele a rancio. En estas páginas he tratado de reencontrar el espíritu en el que las experiencias (en el partido comunista) relatadas fueron originalmente vividas— y sé que he fracasado. La ironía, la cólera y la vergüenza no han cesado de aparecer, enmascarando la realidad; las pasiones de aquel tiempo parecen transformadas en perversión, las más fuertes certezas interiores en universos de drogado; la sombra de las alambradas atraviesa el patio de recreo abandonado por la memoria. Los que han compartido la gran ilusión de nuestra época y han vivido su corrupción moral e intelectual, caen en los efectos opuestos o están condenados a pagarlo a través de una convalecencia que durará toda su vida».

Quizás esto no sea cierto para todos los ex-comunistas. Algunos pueden muy bien tener la impresión de que su experiencia estuvo libre de toda tonalidad mórbida, tal como Koestler la describe. No obstante aquí Koestler ha dado una caracterización honesta y verídica del tipo de ex-comunista al que él mismo pertenece. Pero es difícil hacer encajar este retrato con su otra pretensión, la de una confraternidad en nombre de la cual él forma parte de las "únicas personas... que conocen verdaderamente el problema". Del mismo modo, una víctima de un "shock" traumático podría pretender ser la única persona que verdaderamente sabe qué son las heridas y la cirujía. Lo máximo que un intelectual ex-comunista sabe, o más bien siente, es su propia enfermedad; pero ignora la naturaleza de la violencia exterior que la ha producido y, más aún, cual puede ser su curación.

Sentimientos irracionales dominan la evolución de numerosos ex-comunistas. «*La lógica de la oposición a cualquier precio, dice Silone, ha llevado a muchos ex-comunistas lejos de su punto de partida, en algunos casos hasta el fascismo*». ¿Cuáles eran estos puntos de partida? Casi todos los ex-comunistas rompieron con su partido en nombre del comunismo. Casi todos se alzaron en defensa del ideal del socialismo frente a los abusos de la burocracia subordinada a Moscú. Casi todos comenzaron por tirar el agua sucia de la Revolución rusa para salvar al bebé.

Estas intenciones se abandonaron u olvidaron, más o menos rápidamente. Tras romper con la burocracia en nombre del comunismo, el hereje llega a romper con el propio comunismo.

Proclama haber descubierto que las raíces del mal eran mucho más profundas de lo que en principio había imaginado, aún cuando el trabajo realizado para descubrir estas "raíces" pueda haber sido muy vago y muy superficial. Ya no defiende al socialismo frente a los abusos y la falta de escrúpulos; ahora defiende a la humanidad frente a los mitos socialistas. Ya no se contenta con tirar el agua sucia del baño de la revolución rusa para salvar al bebé; descubre que el bebé es un monstruo que hay que estrangular. El hereje se convierte en renegado.

Un stalinista arrepentido

La distancia que el hereje recorra desde su punto de partida (tanto si acaba en el fascismo, como si no) depende de sus inclinaciones y de sus gustos; y la estúpida "caza al hereje" que los stalinistas realizan lleva frecuentemente a los ex-comunistas a los extremos. Pero como norma, sean cuales sean las actitudes individuales, el intelectual ex-comunista deja de oponerse al capitalismo. Frecuentemente milita en su defensa y pone

en este trabajo falta de escrúpulos, el ánimo obtuso indiferente a la verdad y ese odio inmenso aprendido del stalinismo. Sigue siendo un sectario. Se convierte en un stalinista al revés. Seguirá viendo el mundo en blanco y negro, pero atribuyendo de forma diferente los colores. Cuando era comunista no veía diferencias entre fascismo y socialdemocracia. Como anti-comunista no ve diferencias entre nazismo y comunismo. Antes aceptaba la pretendida infalibilidad del partido; ahora es él quien se cree infalible. Habiendo sido víctima de "la más grande ilusión", se ve ahora obsesionado por el mayor desencanto de nuestra época.

Su ilusión precedente implicaba al menos un ideal positivo. Su desencanto es totalmente negativo. En lo sucesivo, su papel intelectual y político es estéril. También en esto se parece a los ex-jacobinos amargados de la época napoleónica. Wordsworth y Coleridge estaban fatalmente obsesionados por el "peligro jacobino"; su miedo empañó incluso su genio político. Fue Coleridge quien denunció ante la Cámara de los Comunes una ley que castigaba la crueldad contra los animales, por ser "el mejor ejemplo de legislación jacobina". El ex-jacobino se había convertido en el más diligente de los reaccionarios anti-jacobinos ingleses. Directa o indirectamente, se ve su influencia tras la ley contra actos sediciosos y la correspondencia traidora, la ley sobre prácticas de traición, la ley sobre las agrupaciones sediciosas (1792-1794), la derrota de la reforma del Parlamento, la suspensión del habeas corpus y la postergación para toda una generación de la emancipación de las minorías religiosas en Inglaterra. Como el conflicto con la Francia revolucionaria no permitía "realizar experiencias aventuradas", la trata de esclavos también obtuvo una prórroga... ¡en nombre de la libertad!.

Casi del mismo modo, por las mejores razones, nuestro ex-comunista va a llevar a cabo las tareas más indefendibles. Encabeza bravamente cualquier caza de brujas. El odio ciego que lleva en su seno hacia su antiguo ideal es una levadura para el conservadurismo contemporáneo. No es raro que denuncie el más modesto elemento de la política del "Estado del bienestar" como "legislación bolchevique". Contribuirá en gran medida al clima moral en el que surge el equivalente moderno del anti-jacobinismo inglés. Sus ridículos logros reflejan el callejón sin salida en que se encuentra. Este callejón no es sólo suyo; pertenece también a toda una generación cuya vida es incoherente y carece de finalidad.

El paralelismo histórico aquí bosquejado puede ser ampliado al trasfondo histórico de las dos épocas. El mundo está dividido entre el stalinismo y una alianza anti-stalinista de forma muy similar a la escisión entre la Francia napoleónica y la Santa Alianza. Se trata de una escisión entre una revolución "degenerada", explotada por un déspota, y un grupo que mayoritaria pero no exclusivamente es conservador. En términos de práctica política, al igual que en la época precedente la opción parece confinada a esta alternativa. Lo falso y lo verdadero están tan desesperadamente confusos en esta controversia que, sea cual sea la opción que se pueda tomar y sus razones, existe la casi certeza de que será falsa a largo plazo, en sentido histórico.

Para un hombre honesto y con espíritu crítico era tan difícil reconciliarse con Napoleón, como lo es hoy hacerlo con Stalin. Pero, a pesar de la violencia de Napoleón y de sus imposturas, el mensaje de la Revolución Francesa sobrevivía, con una poderosa resonancia, a lo largo de todo el siglo XIX. La Santa Alianza liberó a Europa de la opresión napoleónica y durante un cierto tiempo su victoria fue aclamada por la mayoría de los europeos. Rápidamente se vió que todo lo que Castelereagh, Metternich y Alejandro I ofrecían a la Europa "liberada" no era más que la defensa del viejo orden en descomposición. De este modo, los abusos y la agresividad de un imperio engendrado por la Revolución dieron nuevos bríos al feudalismo europeo. Fue el triunfo más inesperado por el ex-jacobino. Pero el precio que pagó fue que él mismo y su causa anti-jacobina pasaron a ser un anacronismo ridículo e indefendible. El año de la derrota de Napoleón, Shelley escribía a Wordsworth:

«Desde una noble pobreza, tu voz
[hacía oir
cantos dedicados a la verdad y a la
[libertad.
Al abandonar esto, me has dejado
[sollozante.
Has cesado de ser, ya no eres como
[antes».

Si nuestro ex-comunista tuviera un mínimo sentido histórico, reflexionaría sobre esta lección...

La filosofía del mal menor

"Aún más abyecto es tu enemigo", habría podido ser el lema de *El Dios que cayó* y de su filosofía del mal menor expuesta en sus páginas. El ardor con que los autores de este libro defienden a Occidente frente a Rusia y el comunismo, se enfría a veces a causa de la incertidumbre o de una inhibición ideológica residual. La

incertidumbre aparece en sus confesiones entre líneas, o en curiosas disgresiones.

Por ejemplo, Silone aún describe a la Italia pre-musoliniana, contra la cual se había rebelado cuando era comunista, como "seudodemocrática". Le cuesta creer que tras Musolini Italia vaya mejor, pero ve el stalinismo como enemigo "aún más abyecto". Silone conoce seguramente mejor que los demás autores de este libro, el precio ya pagado por los europeos de su generación por haber aceptado las filosofías del mal menor. Louis Fischer se convierte en abogado del "doble rechazo", del comunismo y del capitalismo, pero su rechazo de este último más parece una fórmula destinada a salvar el tipo; y el nuevo culto que acaba de adoptar, el ghandismo, no impresiona más que una torpe huída.

Por su parte Koestler muestra, en un momento dado, en medio de su muy afectado frenesí anti-comunista las reservas más curiosas:

«*Si contemplamos la historia* (es él quien habla) *y comparamos los elevados objetivos en cuyo nombre comenzaron las revoluciones con el desdichado fin en que concluyeron, vemos una y otra vez* ***cómo una civilización corrupta corrompe a sus propios hijos***». (La negrita es de I.D.). Si estos "hijos", es decir el comunismo, han sido realmente "corrompidos" por la civilización contra la que se habían alzado, por repugnante que sea el carácter que ellos puedan tener, la fuente del mal no está en ellos, sino en esa misma civilización. Y entonces es evidente la inconsecuencia de Koestler, con su afanosa actitud al erigirse en abogado de los "defensores" de la civilización, como Chamber Whitaker.

Aún más pasmosa es esta otra reflexión, con la que Koestler concluye de forma inesperada su confesión: «*He servido al partido comunista durante siete años; el mismo tiempo que Jacob estuvo cuidando las cabras de Laban para merecer a su hija Raquel. Pasado este tiempo, la novia fue llevada a su sombría tienda; sólo al amanecer se dió cuenta de que sus ardores no habían sido compartidos por la bella Raquel, sino por la horrible Lea. Me gustaría saber cómo pudo sobreponerse al choque de esa noche vivida con esa ilusión. ¿Pudo llegar a creer en ello?. Me pregunto si podrá repetirse el final feliz de esta leyenda; al precio de otros siete años de trabajo, Raquel fue entregada a Jacob y la ilusión se hizo carne. Y como la amaba tanto, los siete años le parecieron días*».

Se podría pensar que Jacob-Koestler se pregunta, con embarazo, si no habrá dejado demasiado rápidamente de esquilar las cabras de Laban-Stalin, en vez de esperar pacientemente a que su "ilusión se hiciera carne". No escribo todo esto por simple afán de crítica o castigo. Mi objetivo, repitámoslo, es mostrar la confusión de las ideas, confusión que no sufren únicamente los intelectuales ex-comunistas.

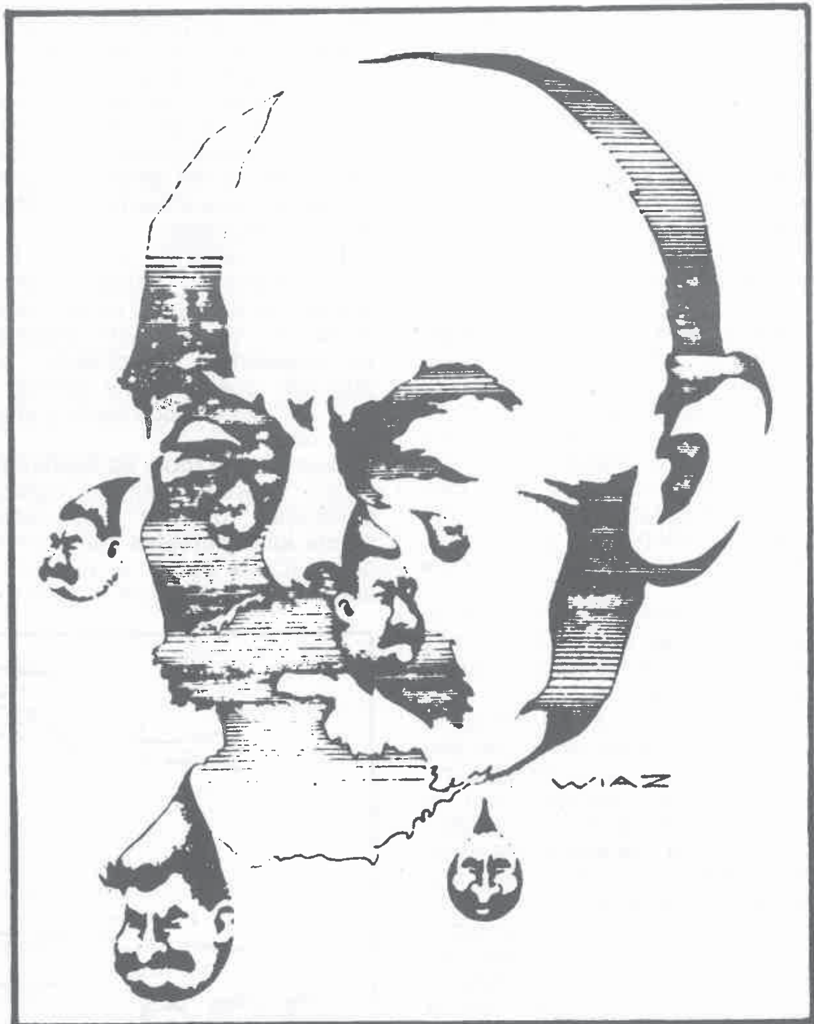
En un reciente artículo, Koestler manifestaba su irritación ante esos viejos liberales que, sorprendidos por el exceso de celo anti-comunista del ex-comunista, le miraban con el disgusto que la gente normal siente ante el "ex-cura que saca a una chica a bailar".

Después de todo, es posible que los viejos liberales tengan razón: este particular tipo de anti-comunistas puede aparecérseles como un ex-cura que saca a bailar a una chica que además es prostituta. La total confusión intelectual y moral del ex-comunista le incapacita para cualquier actividad. Le atormenta un vago sentimiento de traición a sus antiguos ideales y a los ideales de la sociedad burguesa; como Koestler, puede incluso tener la ambivalente sensación de haber traicionado los dos. A continuación, trata de suprimir este sentimiento de culpabilidad y de incertidumbre, o de camuflarlo dando muestras de una extraordinaria seguridad en sí mismo y de una frenética agresividad. Insiste en que todo el mundo reconozca su desdichada conciencia como una de las más claras que pueda haber. Puede sentir que ninguna causa le concierne, salvo una: su auto-justificación. Y éste es el motivo más peligroso de cualquier actividad política.

Pienso que la única actitud digna que el intelectual ex-comunista puede



Literatournaïa Gazeta.



adoptar es situarse "por encima de la pelea". No puede incorporarse ni al campo stalinista, ni a la Santa Alianza anticomunista, sin violentar lo que en él hay de mejor. Así pues, que permanezca al margen de ambos campos, que intente reencontrar un sentido crítico y un despego intelectual, que supere la ambición barata que consiste en tener una pequeña porción del pastel político, que al menos esté en paz consigo mismo, si el precio a pagar por una paz ilusoria con el mundo es renunciar a sí mismo y autodenunciarse... Esto no significa que el hombre de letras, o el intelectual excomunista, deba retirarse a una torre de marfil (su desprecio por las torres de marfil es reminiscencia de su pasado). Pero puede retirarse a una torre de observación. Para observar con desapego y vigilantemente el caos de un mundo bullicioso, estar muy atento a todo lo que surge e interpretarlo *sine ira et studio* (sin ira y como estudioso. NDT). En adelante, este es el único servicio que el intelectual excomunista puede ofrecer a una generación en la que la observación escrupulosa y el análisis honesto se han vuelto tan tristemente raros. (¿No es chocante constatar qué pocas observaciones e interpretaciones aparecen en los libros escritos por esta pléyade de escritores excomunistas y, por el contrario, cúanto les gustan los sermones y los discursos filosóficos?).

La otra tradición

¿Pero puede hoy realmente el intelectual ser un observador despegado del mundo?. Aunque al tomar partido se vea obligado a identificarse con causas que no son realmente las suyas, ¿no debe comprometerse siempre en el mismo sentido?. De hecho, se puede recordar a grandes "intelectuales" que, en situación semejante, en el pasado, rechazaron identificarse con una causa establecida. Su actitud pareció incomprensible a muchos de sus contemporáneos, pero la historia ha demostrado que su juicio fue superior a las fobias y a los odios de su época. Tres nombres deben ser mendionados: Jefferson, Goethe y Shelley. Los tres, a su manera, se vieron confrontados a una elección entre Napoleón y la Santa Alianza. Todos ellos, cada uno a su manera, rechazaron elegir.

Jefferson fue un amigo probado de la Revolución francesa en su inicial

período heróico. Incluso estaba dispuesto a perdonar al Terror; pero abandonó con asco el "despotismo militar" de Napoleón, a la vez que rechazaba asociarse con sus enemigos, los "hipócritas libertadores" de Europa como los llamaba él. Su abandono no fue únicamente dictado por los intereses de una joven república; era resultado natural de su convicción republicana y de su pasión democrática.

A diferencia de Jefferson, Goethe vivía en el corazón de la tormenta. Las tropas de Napoleón y los soldados de Alejandro se instalaron, unos después de otros, en su ciudad, Weimar. Como ministro del Príncipe, Goethe se inclinó de forma oportunista ante cada invasor. Pero como pensador y como hombre, permaneció independiente y distante. Conocía bien la grandeza de la Revolución Francesa y estaba sorprendido por sus horrores. Escuchó el sonido de los cañones franceses en Valmy como la obertura de una época nueva y mejor y contempló con ojos clarividentes las locuras de Napoleón. Aclamó la liberación de Alemania de la ocupación napoleónica, pero era también muy consciente del carácter "miserable" de esta liberación. Su distanciamiento, en éste y en otros acontecimientos, le hizo ganar su reputación de "olímpico", calificativo que no siempre era un cumplido. Pero su apariencia "olímpica" era debida, en primer lugar, a su indiferencia interior hacia el destino de sus contemporáneos. Ocultaba un drama; su incapacidad y su repugnancia a identificarse con causas, compuestas todas ellas inextricablemente de bien y de mal.

Shelley, finalmente, observó el choque entre los dos mundos con la ardiente pasión, la cólera y la esperanza de que su joven alma, plena de grandeza, era capaz: no era en modo alguno "olímpico". No obstante, ni por un instante aceptó las autoproclamaciones y pretensiones de cualquiera de los beligerantes. A diferencia de los ex-jacobinos, mayores que él, creía en el ideal republicano jacobino. Como republicano, no como patriota de la Inglaterra de Jorge III, aplaudió la caída de Napoleón, ese "esclavo realmente sin ambición" que "bailó y festejó sobre la tumba de la libertad". Pero también sabía como republicano que la "virtud posee un enemigo aún mayor" que la fuerza y el fraude bonapartista, en "el derecho antiguo, el crímen legal y la fe sangrienta" encarnados en la Santa Alianza.

Los tres, Jefferson, Goethe y Shelley fueron en cierto sentido extraños a los grandes conflictos de su tiempo y por ello comprendieron su época de forma más verdadera y penetrante que los temibles partisanos llenos de odio de cada orilla...

Qué lástima y qué vergüenza ver a la mayoría de los intelectuales excomunistas eligiendo la tradición de Wordsworth y Coleridge en vez de la de Goethe y Shelley. □

Nota: los títulos de cada apartado son de la redacción.

A propósito de la postmodernidad

[El artículo "Crítica de la postmodernidad" que publicamos en nuestro número anterior es el motivo de una carta que nos ha enviado Javier Sádaba. No es, ni será, nuestra costumbre publicar correspondencia en Inprecor. Esta vez hacemos una excepción porque pensamos que Sádaba tenía derecho a responder en la forma que considerara oportuna.

Todavía una aclaración más: parece que Javier Sádaba nos atribuye cierta responsabilidad por las opiniones sobre él contenidas en el artículo de Alba y Fernández Liria. Debe haber un malentendido: Inprecor es una revista marxista, militante y abierta, que, como es natural y como suele decirse, no comparte necesariamente las opiniones de sus colaboradores].

En el número 51 de la revista Inprecor, y en un artículo firmado por S. Alba y C. Fernández Liria, se hace una crítica a la posmodernidad rematada por algunos nombres de este país entre los cuales me encuentro yo. El que se me cite no es razón para que conteste. No es del todo irrelevante que aparezca mi persona para bien o para mal. No es esa, repito, la razón de esta carta. La razón estriba en que comparto con los autores del artículo una actitud común: la importancia de la discusión política. Y desde ahí pienso que la cita es errada y que el análisis contiene una buena porción de confusión.

Estoy, en principio, de acuerdo con mucho de lo que se dice acerca de la posmodernidad. Un buen trozo de ésta no es sino el regodeo en la no por tópica menos presente razón instrumental. En este sentido, la posmodernidad es el fingido regocijo en las apariencias de libertad que otorga un capitalismo casi divinizado.

Pero ocurre que no es ese el único análisis interesante de la posmodernidad. Autores marxistas, como es el caso de Jameson, dan a la posmodernidad un valor positivo que por ningún lado aparece en el artículo en cuestión. Porque una cosa es esa modernísima posmodernidad que consiste en decir: «*señores modernos: si lo que nos han dado es tales y tales cosas basándose en unas creencias que nadie cree, seamos descarados, reconozcamos que no creemos en nada y vivamos como ustedes, sólo que con todo el cinismo del mundo*» y otra la posmodernidad que critica en serio a la razón moderna **porque le importa la razón**. Un breve ejemplo. Cuando un posmoderno lúcido y no entregado distingue entre razón **dramática** y razón **normalizada** está señalando algo sumamente decisivo. La primera sabe que cuando descubre algo, topa al mismo tiempo con el enigma, mientras que la segunda allana todo, no permite sombra crítica alguna y se impone como, real y brutalmente, se ha impuesto. De la primera razón puede salir un relativismo fuerte. De la segunda, la victoria total de aquella seudorazón instrumental antes mentada. Foucault es un ejemplo de esta concepción dramática posmoderna y difícilmente se le puede tachar de reaccionario, débil o condescendiente. Más aún, pienso que es uno de los pocos estudiosos que no sólo no han dicho adiós a la lucha emancipatoria sino que sigue proponiendo sus modos y realizaciones de manera admirable.

Si, ahora, echamos un vistazo atrás nos encontramos con que un Althusser, por ejemplo, no ha sido "superado" porque algunos posmodernos pensaran mal sino porque, entre otras cosas, habló con esos tonos apocalípticos que anuncian la propia destrucción. Su "ciencia de la historia" no deja de ser un pío deseo. Que no se le siga no es traición alguna ni a Marx ni a otros autores o experiencias que nos siguen pareciendo ejemplares. Es, simplemente, una deficiencia de su obra. Los ejemplos podrían multiplicarse pero no es esa mi intención.

Paso inmediatamente a la cita final en la que se me coloca junto a otros supuestos posmodernos, con los cuales no tengo nada que ver (sólo con uno me liga la amistad **personal**). Y no tengo nada que ver porque mi ideología —**pace** Althusser— es otra. Es completamente distinta. Y si no, me remito a la praxis (prueba de cualquier teoría para todo marxista).

En este punto se me podría objetar, o bien por lo que hago o bien por lo que digo. Y por lo que hago se podría señalar que he aparecido mucho en la TV estatal, que escribo en un diario liberal-conservador como "El País", que hablo en radios igualmente entontecedoras y cosas por el estilo. Aquí me gustaría recordar una distinción fundamental. Yo hablo o escribo en tales medios porque esos medios me posibilitan —o al menos lo intento— conectar con la gente que a mí me importa y que no es otra que el pueblo con el que vivo. La objeción tendría fuerza si yo tuviera un programa de TV, trabajara en ella, en "El País", en una radio o sitios por el estilo. Y si se me contesta que se puede estar sin contradicción en tales medios, ¿por qué yo no he de poder siquiera colaborar?.

En los últimos tiempos he sido tachado poco a poco de muchos de esos medios (el día que me pasaron esta revista para mostrarme el artículo que comento, me hablaban del enojo de Peces Barba, presidente del patronato de un Colegio Mayor, precisamente por haber estado allí dando una conferencia. En este sentido parece que aprenden más los socialistas y su engrudo que otros). A pesar de toda la sutileza de la represión, ésta no suele ir sólo por ahí. Una vez que detecta que no es fácil la conquista, ataca por otro flanco. Frivoliza todo lo que uno haga. Es una pena que una revista que, teóricamente, no debería cometer tales dislates se coloque, por parte de sus colaboradores, en la misma línea.

Y si se me dice que yo he dado lugar a tales críticas (aparecer de determinada manera en tales y tales sitios) he de contestar que si de cien actuaciones me he confundido en diez el error no es excesivo. No es fácil, muchas veces, sustraerse a la presión de amigos o gente que necesita confeccionar cualquier cosa. Es cierto que en más de una ocasión debería haber dicho que no a algo que ni me gustaba ni me producía el más mínimo bien. Pero curiosamente, nunca he recibido una crítica decidida de una persona realmente comprometida en la izquierda. Como mucho han preguntado. Jamás me han confundido con los que votan que sí a la Otan, porque los del NO comen tortilla. El día que me pasaron esta revista estaba yo en un mítin en el que, en un ambiente afortunadamente lleno y cálido, hablábamos contra la tortura. No ví a los que escriben este artículo. Me imagino que estarían manifestándose a favor de la existencia de Riaño. De ahí no deduzco que hayan dimitido del pensamiento.

Finalmente, se podría decir que si no el estilo de vida (¿cuál?) sí mis escritos abogan por su tesis. Me imagino que no será, por ejemplo, la polémica sobre Euskadi o tantas cosas más. Les desafío a que encuentren una página en la que puedan sustentar su posición. Ni siquiera en ese libro circunstancial que se llama (y del título es quizás de lo único que me alegro) *"Saber vivir"*.

Javier Sádaba

EL "SOCIALISMO REAL" EN FEMENINO

Jacqueline Heinen

«Somos perfectamente conscientes de que nadie nos librará de los pañales y de la vajilla, ni de la necesidad de hacer cola y de llevar la compra. Además esto es normal». «A pesar de lo que se diga, el hombre es el defensor del hogar y la mujer su guardiana».

Podríamos tener la tentación de considerar estas dos declaraciones como chocheces de nuestras abuelas. Desgraciadamente no es así. La primera está sacada del editorial publicado en *Lacznosc*, el periódico de los sindicatos oficiales polacos, con ocasión de la conmemoración del 8 de marzo de 1981. La segunda está sacada de un artículo publicado en 1983 por *Rabotnitsa*, uno de los principales periódicos destinados a las mujeres soviétivas. Ello no impide a esos mismos periódicos alabar las cualidades de la trabajadora emérita, de la pionera que no duda en efectuar "trabajos de hombre" a la vez que se parte el alma para ser una perfecta ama de casa. La editorial aparecida en el periódico polaco afirma por otra parte: *«sabemos lo que tenemos que hacer: queremos trabajar fuera de casa, pues no nos resignamos a nuestro papel en el seno de la familia y del matrimonio. No nos dejamos encerrar en la cocina o con los niños».*

«Trabajar como un hombre y además como una mujer», afirma el dicho. Así se resume la situación —muy contradictoria— en la que se encuentran las mujeres de los países del "socialismo real" de Europa del Este. Ciertamente, la legislación referente a los derechos de las mujeres es muy progresista, en el plano económico y social, comparada a la que prevalece en los países occidentales y todos estos países insisten en los progresos, reales, llevados a cabo desde la Segunda Guerra Mundial en el terreno de la educación y del trabajo de las mujeres, de su participación en la vida económica y social. En todos estos países, salvo Rumania, hace ya una veintena de años que las mujeres constituyen más del 40% de la mano de obra. En la mayor parte de los casos esta proporción era superior al 45% a comienzos de los años 80, llegando incluso a sobrepasar el 50% en la URSS y la RDA.

Paralelamente, el nivel de formación se elevó hasta el punto que las chicas son casi en todas partes más numerosas que los chicos en los institutos de secundaria, y a menudo también en la enseñanza superior. Su presencia en las ramas técnicas, en particular, es mucho más elevada que en el Oeste. En la RDA, país en el que se han hecho esfuerzos específicos en este sentido, las adolescentes representaban las tres cuartas partes de los alumnos del técnico secundario en 1983. En Polonia, 23% de los estudiantes del técnico superior eran mujeres en 1984, cuando en los países occidentales raras veces se supera el 10%.

Dicho esto, la segregación profesional es poco más o menos tan fuerte como en Occidente, con una concentración de las trabajadoras en los servicios y en las ramas industriales tradicionalmente femeninas (textil, vestido, electrónica, así como en ciertos tipos de empleos (educadoras, enfermeras, secretarias, etc). La única diferencia reside en que se encuentra una mayor proporción de mujeres médicas —pero se trata aquí de una profesión que ha perdido todo prestigio a los ojos de los hombres, en razón de los bajos salarios— y que en un país como la URSS, las mujeres hacen trabajos que requieren un importante esfuerzo físico en ramas como la construcción donde ocupan empleos de peón de los que los hombres no quieren ni oir hablar. La división sexual del trabajo tiene aún un radiante futuro ante sí.

La realidad cotidiana de las mujeres

«Aquí, ya no es el proletariado, sino las mujeres la clase explotada. Ellas lo son, y doblemente», afirma una trabajadora del servicio del transporte

postal de Petrozadovsk, en la URSS. Y continúa: «*no es visible en las leyes, pero existe en la realidad. Según los reglamentos, no debemos levantar pesos superiores a 20 kgs. Pero aunque los paquetes no superan este peso, aquí se considera, Dios sabrá por qué, que las mujeres pueden levantarlos un número incalculable de veces. Aquí la norma por día y persona es de 300 kgrs., pero en época de fiestas —por ironía de la suerte— puede pasar a 500 kgs. Cada paquete pesa de 7 a 10 kgs, pero cada mujer debe levantar y transportar más de 2.000 kgs. por día y entre 4 y 5 toneladas los días "de fiesta". Esto supone que, por ejemplo, el 1º de mayo o el 7 de noviembre —fiesta de la gran revolución socialista— cada mujer bate el récord mundial de levantamiento de pesos y halteras. ¡Aunque esto no le otorgue, sin embargo, los aplausos que acompañan a los resultados deportivos de los atletas!*». Aún hay que añadir que cada mujer hace de 2 a 5 kms por día con su carga, lo que supone arrastar entre 350 y 1.000 kgs diarios, sola, sin hablar, dado que las mujeres «*trabajan tanto de noche como de día en este distrito, y además, durante 12 horas(...). Esto se parece mucho al trabajo en las minas de sal o de carbón antes de la revolución*»(1).

Por otra parte, los empleos que ocupan las mujeres cualificadas están lejos de corresponder a su nivel de formación: ocupan un número más que limitado de los puestos de responsabilidad técnicos; representan pequeños porcentajes de los directores de empresa —incluso en los sectores en los que forman el grueso de la fuerza de trabajo— y son muy poco numerosas entre los puestos honoríficos de las facultades. Los obstáculos ideológicos siguen presentes. Se desconfía de las mujeres responsables. «*No será capaz... ¿Y si tiene un niño?*».



Todo esto, concluye lógicamente en diferencias salariales que son del orden del 30%, es decir, un desnivel más elevado que en los países del Norte de Europa capitalista (Dinamarca, Suecia, etc) donde las tasas de actividad femeninas están cerca de las de los países del Este y donde la proporción de trabajadoras a tiempo parcial es sin embargo muy elevada (y en general, quien dice tiempo parcial dice salario-hora inferior).

Sin embargo, estas discriminaciones en el salario y en el tipo de empleo, no resultan extrañas a la luz de las consideraciones sobre el trabajo doméstico citadas anteriormente. En todos los países del Este, las tareas domésticas y la educación de los niños siguen siendo privativas de las mujeres y el número de horas que se les dedica diariamente casi no ha disminuido: de 4 a 5 horas en 1970, y un poco menos en 1985, a juzgar por las cifras más recientes. En cuanto a los hombres, «te ayudará (atención al verbo) a lavar los platos o a cuidar al niño; te "ayudará", "cegado" por su propio desinterés».(2)

Hay que subrayar sin embargo que la situación económica y social varía enormemente de un país a otro. Por poner un ejemplo, no se pueden comparar las condiciones de existencia de las mujeres checoslovacas con las rumanas. Mientras que las primeras viven en un país, en el que los almacenes están relativamente bien surtidos y disponen de equipos de cocina de bastante buena calidad, las segundas se ven confrontadas a una penuria sin precedentes, al racionamiento de todos los alimentos de base (pan, leche, azúcar), a los cortes cotidianos de agua, de gas, y de electricidad. No se coge el ascensor por miedo a quedarse bloqueado: es fácilmente imaginable el problema cuando se vive en un piso alto y se tiene que llevar un niño.

Además, está prohibido calentar un apartamento a más de 14 grados, los programas de TV están reducidos a dos horas y media por día, etc. Todo ello porque el gobierno decretó que había que ahorrar energía. Ciertamente, esto afecta a toda la población, pero las mujeres son las primeras afectadas, como lo atesti-

NOTAS:

(1). Femmes et Russie 1981. Ed. des femmes París p. 22.

(2). Femmes et Russie 1980. Ed. des femmes París p. 49.

(3). **Scinteia,** *Bucarest, 1 nov. 1983.*



guan las opiniones de ciudadanos modelos expresándose en las columnas del periódico del partido: «*Si es necesario, toda mujer, a poco hacendosa que sea, puede lavar la ropa en la bañera. Así pues, podemos renunciar a la lavadora. ¡Y qué decir de barrer! ¿Acaso no se ha utilizado la escoba durante centenares de años, antes de utilizar las aspiradoras?.(3)*

Tampoco se pueden comparar las cosas en términos de equipamientos colectivos. Menos del 10% de las mujeres polacas dan su ropa a lavar fuera del hogar, dado el precio y la muy mala calidad del servicio, mientras que el recurso de tales servicios está ampliamente extendido en la RDA. Igualmente, el número de comidas (calientes) consumidas en restorán es de apenas el 10% en Polonia, cuando es del 70 al 80% en RDA. Esto es una diferencia apreciable para las mujeres que vuelven a su casa por la tarde tras su trabajo. En fín, mientras que el 65% de los niños de menos de tres años de la RDA tienen acceso a guarderías y más del 90% de los niños de tres a seis años a escuelas maternales, estos porcentajes son respectivamente de 4% y 45% en Polonia. Así pues, la posibilidad para las trabajadoras polacas de tener acceso a una guardería es casi nula, y ello tanto más en la medida que las pocas plazas disponibles van en general a mujeres privilegiadas que se benefician de "recomendaciones" y no a las obreras que tendrían más necesidad de ellas, es decir, las que trabajan en equipos o de noche, que son muy numerosas.

Las condiciones de vivienda varían también enormemente de un país a otro. En las provincias soviéticas, aún es normal que toda una familia viva en una sola pieza. En Polonia, por el contrario, aunque las carencias son enormes y la espera para disponer de su propio apartamento increible (una "joven" pareja puede estar de 15 a 20 años en las listas si está obligada a pasar por los conductos oficiales), como media, el espacio por persona es, al menos, más amplio. Podría añadirse que en el plano ideológico y cultural tampoco las situaciones son las mismas. Según que se habite una frontera en Hungría o en la RDA y que se tenga acceso a las televisiones extranjeras occidentales; según que se esté frente a la férula de la burocracia rumana o a la política relativamente liberal de los húngaros, no se vive en un ambiente idéntico. En todas partes están negadas las libertades de expresión y de organización, pero no de la misma forma y en el mismo grado.

La doble jornada de trabajo, siempre

Sin embargo, más allá de estas profundas diferencias, lo que es común a todos estos países, es el mantenimiento de las relaciones patriarcales en el seno de la familia, la perduración de ideas seculares sobre el papel de la mujer, el carácter inmutable de la dominación del hombre en el seno de la pareja aunque las mujeres expresan una voluntad de realizarse como mujeres y como trabajadoras. Esto es cierto en la RDA igual que en otras partes, a pesar de los avances subrayados más arriba en un cierto número de terrenos sociales. Así se manifiesta claramente en una serie de testimonios de mujeres de la RDA a las que se les solicitó "confesarse" en entrevistas muy libres. «*Mis padres, eran gente progresista, sí, pero la educación que hemos tenido fue horrible. Las chicas tenían que hacer todo y los chicos, a la buena vida*», cuenta una

joven de 24 años. «*Tengo que ser yo quien haga todo: los deberes de clase, el sindicato, ocuparse de los viejos en casa, todos los papeleos*» dice otra un poco mayor, madre de un niño, que sin embargo da pruebas de mucha indulgencia hacia su compañero y se pregunta, «*¿Para qué sirve a las mujeres emanciparse contra su compañero? (...) Si se rompe una relación, hay que recomenzar otra, pues a ello no escapa nadie. Y las dificultades recomienzan con otro*». *(4)*

Esta idea de la pareja y del matrimonio que parece darse por supuesta, como la interiorización de su papel como madre, se refleja de forma idéntica en las manifestaciones de las mujeres de los demás países del Este. En Polonia, las tres cuartas partes de las trabajadoras interrogadas en diversas encuestas se dicen convencidas de que su tarea esencial es educar a sus hijos. Cómo extrañarse de la perduración de tales convicciones cuando se sabe que en la Unión Soviética, en 1980, los trabajos manuales eran aún distintos en la escuela primaria para las chicas y los chicos: cocina y trabajos de casa para ellas, trabajo con madera y metal para ellos.

En la mayor parte de los países de la Europa del Este, después de una primera fase tras la 2ª Guerra mundial en la que las autoridades dedicaron una atención especial al trabajo asalariado femenino (trabajo indispensable, hay que decirlo, en las tareas de reconstrucción de la economía), en que los gobernantes insistieron en la emancipación de las mujeres y los deberes de la sociedad hacia ellas, en la puesta en pie de equipamientos colectivos etc., se constata un verdadero giro sobre el tema de la familia en los años 60. Ello se traduce en medidas y argumentos variados, pero el efecto es, en todas partes, frenar un proceso que tendía a conceder a las mujeres una independencia económica y social creciente.

En 1965, en la RDA, las tareas domésticas dejaron de ser presentadas como un freno a la actividad profesional y a la cualificación de las mujeres. Lo discursos vuelven a honrar el papel de la familia en la educación de los niños. A continuación, vinieron algunas medidas, algunas de las cuales progresistas —como la ampliación del permiso de maternidad de 12 a 20 semanas— y otras que, por generosas que hayan podido ser consideradas por las mujeres en el momento, eran en realidad discriminatorias. Por ejemplo, la ampliación de las vacaciones a las madres de varios niños o la jornada de permiso mensual para que las madres, y solo ellas, puedan realizar las tareas domésticas y, para acabar, el trabajo a tiempo parcial para las «*mujeres que, en razón de sus responsabilidades familiares particulares, no pueden trabajar a tiempo completo*». (5)

Las declaraciones oficiales afirman que las trabajadoras sólo trabajan a tiempo parcial excepcionalmente. Pero diversos especialistas de la RDA estiman que el 25-30% de las mujeres hacen una semana acortada de seis horas, además de las que trabajan media jornada. Todos los estudios, tanto en el Este como en el Oeste, muestran que una reducción del tiempo de trabajo, cuando no afecta más que a las mujeres, no supone una reducción del horario de trabajo doméstico, pues los maridos trabajan en general aún menos que antes en estas tareas. En cambio, el trabajo a tiempo parcial, además de un salario menor, implica casi siempre un status diferente y una serie de obstáculos en el terreno profesional.

En Hungría en 1967 se introdujo el principio de un permiso pagado, una especie de "salario maternal" equivalente a casi la mitad del salario, para las mujeres que acababan de tener un hijo. Una medida similar se adoptó en Checoslovaquia cuatro años más tarde. En Polonia, a partir de 1969, se estableció un permiso sin sueldo de un año ampliado a tres años posteriormente en casos similares, pero rápidamente se pasó a reglamentar un permiso pagado que existe desde 1981 (oficialmente, se trata de un permiso "parental", pero todo el mundo habla del permiso "maternal" como por casualidad). En estos tres países, las tres cuartas partes de las mujeres han recurrido a esta posibilidad, y es fácil comprender la relación entre este tipo de medidas y el mantenimiento de las discriminaciones en el terreno profesional y salarial evocadas anteriormente.

En fin, en la Unión Soviética, donde se propuso introducir el tiempo parcial desde los años 60, sólo recientemente ha obtenido eco y los soviéticos han introducido igualmente un permiso maternal de un año, prorrogable seis meses, para las madres jóvenes.

Si insistimos en estas medidas, es porque expresan la quintaesencia de la renuncia oficial, en todos estos países, a una política que apunte a poner verdaderamente a los hombres y las mujeres en pie de igualdad. La ruptura con la tradición marxista y leninista a la que estos regímenes se referían en el momento de su instauración no puede estar más clara. Ciertamente, Marx y Engels —y Lenin tras ellos— pusieron mucho más el acento en la explotación que en la opresión específica de las mujeres, convencidos de que la entrada masiva en el mercado de trabajo, tal como se esbozaba en los países capitalistas a partir de mediados del siglo XIX con-

(4). Maxie Wander **Guten Morgen, du Schöne!** *Luchterland 1985.*

(5). Leyes sobre el trabajo, 1977.

llevaría el estallido y luego la desaparición de la institución familiar a breve plazo. Al hacer esto, subestimaban no sólo la capacidad de la clase dominante de intervenir para reglamentar el empleo de las mujeres y de los niños y para reforzar a la familia a fin de preservar el sistema capitalista. Subestiman también los obstáculos a vencer, más allá de las conmociones económicas y sociales, para cambiar las mentalidades dentro de la clase dominada. El movimiento feminista de los años 70 ha contribuido a mostrar que el trabajo asalariado de las mujeres —si bien es una condición necesaria de su independencia económica— no es en absoluto una condición suficiente para asegurar su emancipación, mientras no se acompañe de un proceso social y cultural que ponga en cuestión los fundamentos mismos de su opresión específica.

Pero a las burocracias de los países del Este no les ha preocupado este tipo de consideraciones y las medidas evocadas más arriba son un claro retroceso respecto a la política que habían promulgado en el terreno del trabajo asalariado de las mujeres.

La familia: un punto importante en la política de la burocracia

¿Cómo explicar este retroceso tras el entusiasmo que había prevalecido en el período inmediatamente posterior a la II G.M. y los cánticos a la liberación de las mujeres, que aparecían en los carteles de propaganda conduciendo tractores y manejando soldadoras?. Sin duda alguna, por el cambio que se ha operado en el seno de estos regímenes. En aquellos años, por muy stalinistas que fueran, encarnaban una ruptura radical con el sistema de clase y la ideología de la burguesía en el poder del período anterior a la guerra. Tras haber renunciado a apoyarse en las masas, entraron progresivamente en un proceso de burocratización, de cristalización de una capa privilegiada, por no decir de fosilización difícilmente imaginable hace cuarenta años (sólo hay que pensar en el "reino" de la familia Ceaucescu en Rumania).



En la Unión Soviética, el esquema es un poco más complejo puesto que ya en 1934, el nuevo Código de la familia había significado un brusco retroceso con la prohibición del aborto (legalizado de nuevo en 1955), la condena de la unión libre, las trabas puestas al divorcio, etc. Pero la guerra vino a conmocionar los proyectos de Stalin decidido a glorificar el papel de la mujer-madre. Los imperativos económicos —durante la guerra primero para reemplazar a los hombres que estaban en el frente; tras la guerra, para asegurar las tareas de la reconstrucción— prevalecieron sobre los principios enunciados solemnemente. Stalin tuvo que esperar a 1949 para conceder una medalla de oro a la mejor "paridora".

Pero más allá de estas peripecias, no había dudas para los burócratas soviéticos (y las burocracias de los demás países lo comprendieron tras ellos) de que la familia constituía punto central de la estabilidad de su régimen. Hay varias razones para ello. Por una parte, razones económicas: una de las características de las llamadas sociedades "socialistas" reside —¡Oh ironías!— en su incapacidad permanente para poner en pie infraestructuras sociales necesarias ligadas a la reproducción de la fuerza de trabajo. Por mucho que digan los discursos sobre las reformas necesarias, las prioridades acaban siempre por ir a la industria pesada, con la ayuda del juego de las camarillas y la ley del más fuerte. Esto es cierto también en la RDA donde las mujeres de los grupos pacifistas reclaman que las subvenciones atribuídas al ejército se utilicen para resolver las carencias de equipamientos colectivos.

Pero el interés de la burocracia por la familia se debe sobre todo a razones políticas. Como instrumento del orden establecido, le permite canalizar las aspiraciones individuales en un marco privado. El modelo de relaciones afectivas y sociales propuesto en el Este no tiene mucho que envidiar al que prevalece en el Oeste. Tal orientación remite evidentemente al carácter profundamente conservador de la



burocracia y a su necesidad, para guardar un poder usurpado, de impedir toda expresión colectiva de las necesidades sociales, toda puesta en común de ideas por ejemplo, sobre una verdadera política de socialización en el terreno de los equipamientos colectivos, que podría cuestionar los fundamentos de su dominación.

El paternalismo que impregna todos los poros de estas sociedades es particularmente evidente sobre la cuestión del aborto. Rumanía es un caso aparte, y hay que desear que lo siga siendo. Desde 1966 las mujeres de este país no tienen derecho de abortar salvo en casos físicos o psíquicos muy graves, o si tienen más de 5 hijos. Además, desde 1984, tienen que hacerse exámenes ginecológicos obligatorios sobre todo en fábricas de composición mayoritariamente femenina. Estos exámenes se efectúan de improviso, con el fin de localizar posibles embarazos y presionar a las afectadas para que den a luz, so pena de enfrentarse a la justicia. En este país, donde están prohibidas la píldora y los demás medios de contracepción, ha sido condenado un médico a diez años de prisión por haber intentado salvar a una mujer que se moría como consecuencia de un aborto que ella misma se había provocado. Y sin embargo las rumanas se niegan a tener hijos, mientras no puedan exigirles el juramento que circula como anécdota por el país: "Con la mano en el ombligo, yo, bebé, juro que, para crecer, no necesitaré ni comida ni calor"(6).

En los demás países del Este, la legalidad del aborto durante los tres primeros meses está sometida a varias restricciones. En algunos países, depende de una comisión de "expertos": este es el caso de Hungría y Checoslovaquia (en lo que se refiere a este último país ver el recuadro). A veces es objeto de procedimientos humillantes, como en la Unión Soviética. Aunque los discursos sobre "el derecho a la vida del feto" no circulan en el Este, se adelantan otros argumentos para intentar desanimar a las mujeres de abortar: secuelas físicas eventuales, riesgo de esterilidad. Si todo aborto es una experiencia traumática, especialmente en el terreno psicológico, la experiencia muestra sin embargo que efectuado suficientemente pronto y en buenas condiciones, puede hacerse sin peligro. Por el contrario, esta descripción, hecha por una mujer de Arkhangelsk (URSS) sobre las condiciones que esperan a las que en su ciudad perseveren tras haber pasado ante la "oficina socio-legal" encargada de examinar su caso, hace temblar. Cuando llegan a lo que se llama la "picadora de carne", «*las mujeres se desplazan en fila ante la sala de operaciones. De dos a seis mujeres abortan a la vez en la misma sala. Las camillas están dispuestas de tal forma que cada una ve lo que pasa enfrente... El rostro deformado por el sufrimiento, el bulto sangrante que se extrae de la mujer (...) Sin anestesia, la mujer experimenta un dolor atroz (...) Al día siguiente, se la manda a su casa si preocuparse por su estado, que deja mucho que desear*»(7).

Frente a tal estado de cosas, en un país que se vanagloria de su medicina preventiva, no se pueden sacar más que dos hipótesis. O bien, poner en duda la calidad de sus servicios de

(6). **La Nouvelle Alternative** *num. 1 abril 1986.*

(7). Femmes et Russie 1980. Ed. des femmes Paris p. 59.

(8). **Gegenstimmen** *num. 4, Viena, 1981.*

salud, máxime considerando que en la Unión Soviética así como en los demás países del Este, la propaganda para incitar a las mujeres a utilizar medios contraceptivos es casi nula, que éstos sólo existen en cantidad totalmente insuficiente y además son de mala calidad. O bien afirmar que se trata de una política deliberada para culpabilizar a las mujeres. De hecho, probablemente se trate de las dos cosas.

En todo lo que concierne a la sexualidad, el moralismo y la mojigatería impuestos por la ideología dominante alcanzan un grado extremo. Sirva de prueba de ello la prohibición de la homosexualidad en la Unión Soviética y en Rumanía, donde este "crímen" puede valer hasta cinco años de prisión; en otros países donde la pena es menos severa, regularmente aparecen rechazos histéricos sobre este tema en los medios de comunicación, como se ha visto recientemente a propósito de los debates sobre el SIDA. Y por supuesto toda esta hipocresía tiene como contrapunto ineluctable el florecimiento del mercado negro de la pornografía, por ejemplo en Hungría; los espectáculos de strip-tease y las prostitutas toleradas en todos los grandes hoteles y más o menos al servicio de los organismos estatales, a los que sirven a menudo como chivatas, por ejemplo en Polonia. O también, el periódico oficial del PC húngaro que, para desear las felices navidades a sus lectores en diciembre de 1981, ponía en primera página y en toda su edición fotos de mujeres desnudas, grupos de "girls" etc., acompañadas de "chistes" para acelerar el corazón de sus lectores.

Este moralismo tiene también como corolario fenómenos de violencia en el seno de la familia. Los casos de mujeres golpeadas son particularmente numerosos, igual que los casos de violaciones de los que apenas se habla. Y el número de estos casos aumenta con el grado de alcoholismo, como ocurre en la Unión Soviética, pero también en otros países del Este. «*En la RDA, la violencia contra las mujeres sigue siendo un fenómeno social de masas*» afirman opositores estealemanes(8). En todos estos países, la tasa de divorcios es extremadamente elevada. En los dos tercios o los tres cuartos de los casos, la mujer es quien presenta la demanda, muy a menudo por razones ligadas a la violencia o al alcoholismo.

Sin embargo, a la vez que la familia representa un instrumento en manos de la burocracia y un campo de conflictos a veces dramáticos, constituye un dominio que escapa parcialmente a su control, una célula relativamente independiente en la que se puede expresar libremente y encontrar un mínimo de relaciones afectivas, un abrigo que permite resistir relaciones sociales marcadas por el autoritarismo y las prohibiciones de todo tipo. También es sentida como un lugar de refugio para la mayoría de los individuos y de las mujeres en particular. Esto se explica perfectamente dado el carácter extremadamente represivo de estas sociedades, y debemos comprender cómo esto marca todos los pasos de las mujeres que comienzan a plantear sus problemas en voz alta en los países del Este.

Los primeros signos de revuelta

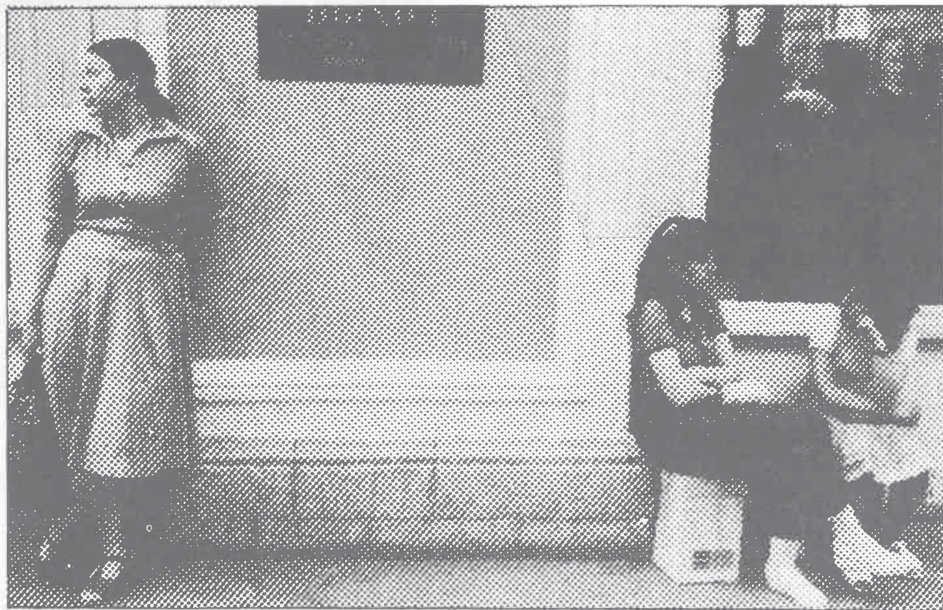
Las primeras en reagruparse públicamente a fines de los años 70 en el Este —y esta iniciativa encontró inmediatamente un gran eco— fueron las mujeres de Leningrado que publicaron

Petición para "proteger la vida humana" en Checoslovaquia

«Un gran número de leyes de este país protegen la vida de las plantas, de los animales y del ambiente, pero ninguna protege la vida humana en gestación; el feto sin defensa no se beneficia de ninguna protección», afirma una carta dirigida al Primer Ministro de Eslovaquia firmada por más de 6.000 personas. Esta petición apoyada por el arzobispo de Praga, fue lanzada tras la propuesta de introducir una enmienda a la ley sobre el aborto en Eslovaquia.

¿Contenido de la enmienda? Abolir las comisiones por las que las mujeres debían pasar para obtener la autorización de abortar. Las demandas eran satisfechas en el 95% de los casos, pero con tales plazos que la interrupción del embarazo tenía lugar a menudo tras las 12 semanas, lo que aumentaba notablemente los riesgos. Dicho de otra manera, una modificación de buen sentido que las mujeres de numerosos países desearían ver introducida en las leyes restrictivas que sufren.

La jerarquía católica, arrogándose una vez más el derecho a hablar en nombre de las mujeres, anima a las actitudes más retrógradas hablando de "el asesinato de un ser humano". Pero, cómo extrañarse de la influencia de la Iglesia cuando se sabe que, en nombre de los "derechos del Hombre, del humanismo y de la democracia" el régimen defiende la enmienda propuesta. En el país en el que reina la mentira y donde cualquier oposición declarada al gobierno puede saldarse por muchos años de prisión, tales declaraciones por parte de las autoridades no pueden sino suscitar inquietud en los espíritus. Las firmantes de la petición afirman que si los diputados se niegan a escucharlas, exigirán al gobierno que el proyecto de ley sea objeto de un referéndum. Se puede esperar que la ley sea liberalizada. Pero que la burocracia nos haga creer que se preocupa verdaderamente de los intereses de las mujeres, es otro asunto. □



un "samizdat" (nombre genérico de las publicaciones clandestinas de la oposición) el Almanaque "Mujeres en Rusia" reproducido en el Oeste en 1980. «*El primer periódico socialmente a la ofensiva*» afirmaba una de sus redactoras. Un periódico que reunía diversos testimonios de mujeres sobre su vida cotidiana —sobre el trabajo, el parto, la familia, la prisión, los campos, las relaciones con los niños— y también poemas. Causó sensación. En primer lugar, a los ojos de los militantes de la oposición democrática. Descubrieron que numerosas mujeres que participaban plenamente a su lado en el movimiento, tenían también cosas muy particulares que decir sobre su opresión, y que entendían que tenían que hacerlo de forma y en términos diferentes que los samizdat tradicionales.

Pero este almanaque "impresionó" igualmente al poder, que no se equivocó sobre su importancia. Tras algunos números, comenzaron las pesquisas y luego los arrestos, las amenazas de encarcelamiento por varios años, de privación del derecho de las madres hacia sus hijos, las incitaciones al



(9). Sobre las "Mujeres por la paz" en la RDA ver la edición francesa de **Inprecor** *num. 164 del 9 de enero de 1984 y 166 del 6 de febrero de 1984.*

(10). **Cahiers du feminisme,** *num. 27 invierno 1984.*

exilio. En una palabra, el chantaje y las violencias que son el pan cotidiano de los y las que osan aunque sólo sea reclamar la aplicación de los derechos democráticos inscritos en la Constitución. Una represión que no podía dejar de ejercerse hacia las que, por la simple descripción de sus condiciones de existencia, denunciaban —directa o indirectamente— un poder que no soporta ninguna contestación. La actuación de estas mujeres, lo hayan reivindicado o no, tenía una dimensión claramente política.

Sin embargo en modo alguno tenían todas la misma orientación. Unas, agnósticas, como Tatiana Mamonova, no rechazaban incluso la tradición leninista, aún sin reclamarse de ella. Otras, profundamente creyentes y antimarxistas, fundaron el "club María" (alusión a la Virgen) tras la ola de represión que golpeó a las iniciadoras del Almanaque en 1980. Este segundo grupo apareció rápidamente como el más numeroso. Avanzaban un discurso religioso sobre la liberación de las mujeres, expresando un repliegue sobre valores espirituales, religiosos y humanistas que sorprendieron a las feministas del Oeste. Pero hay que comprender este fenómeno de la religión —por no decir de la religiosidad— a la luz del cambio que han conocido todas las Iglesias del Este desde el fin de los años 70, la iglesia ortodoxa en la Unión Soviética, la protestante en la RDA, la católica en Hungría, por no hablar de Polonia. Hay que ver ahí una búsqueda de soluciones alternativas en corrientes de oposición en las que existe un pesimismo profundo y que no ven otras perspectivas que refugiarse en valores místicos. No debe extrañar que frente a la corrupción, el alcoholismo, la violencia ambiental, una parte de las mujeres que han comenzado a radicalizarse por sus propios problemas se encaminen en esta vía. Más allá de la dispersión de estos primeros reagrupamientos de feministas en la Unión Soviética —que la KGB desarticuló por sus procedimientos habituales en relativamente poco tiempo— lo que perdura, es que las mujeres hayan osado romper los tabús de la esfera privada.

De Varsovia a Berlin

Las estudiantes polacas que, en el otoño de 1980 crearon un grupo feminista en la Universidad de Varsovia, lo comprendieron bien y se alegraron del apoyo recibido de mujeres soviéticas del Almanaque forzadas a la emigración. De entrada la orientación de estas jóvenes mujeres se afirmó radical, reivindicándose explícitamente del movimiento feminista occidental. Militantes del sindicato independiente de los estudiantes creado tras los pasos de Solidaridad, afirmaron sus exigencias específicas y tradujeron sus aspiraciones en un programa de doce puntos centrado en la cuestión de la opresión específica.



Pero si fuimos muchas en Occidente las que nos alegramos por el nacimiento de este grupo, es preciso señalar que su influencia quedó de lo más limitada y que no llegó a hacerse oir por las trabajadoras que militaban en las filas de Solidaridad. Sin embargo estas últimas no constituían sólo una parte esencial del fantástico movimiento de masas que conmocionó Polonia 18 meses. Fueron igualmente su ala más activa en más de una ocasión. En las "marchas del hambre" en Lodz y en otras ciudades, marchas de protesta contra la política del poder de provocar la penuria en la población para intentar sabotear el movimiento, o en las huelgas como las de las obreras de Zyrardow, cerca de Varsovia, que fueron unas de las primeras a retomar a su cuenta la idea de la huelga activa, en el otoño de ese mismo año.

Pero la mayor parte de estas mujeres no llegaron a plantear sus propios problemas. Hay que señalar que no eran más que el 6% entre los delegados del primer Congreso nacional del sindicato independiente y que, incluso a escala local, estaban muy lejos de tener el lugar que les hubiera debido corresponder a la cabeza de las estructuras de dirección de Solidaridad. Las mujeres estaban escindidas entre la fábrica, el sindicato y el hogar. Por razones que tienen que ver fundamentalmente con el peso de la Iglesia católica en Polonia y la influencia de las ideas reaccionarias que transmite sobre el papel de las mujeres, de la familia, etc., estas mujeres no llegaron a asumir un cierto número de verdades enunciadas por el grupo de las estudiantes de Varsovia.

Como acabamos de ver, el camino que conduce a una toma de conciencia de las mujeres de los países del Este de la opresión particular de la que son objeto está sembrado de dificultades. Pero la experiencia de las "Mujeres por la Paz" de la RDA rechazando el alistamiento de las mujeres en el ejército ha mostrado que un movimiento que al comienzo se situaba exclusivamente en el marco del resto del movimiento pacifista independiente de ese país, podía desembocar en un inicio de puesta en cuestión de su situación específica(9). Estas mujeres no se reivindican del feminismo. «*¿Por qué hacer de la emancipación un tema únicamente femenino?. ¿No quiere emanciparse todo el mundo en la RDA?*» dice Barbel Bohle, una de las animadoras del grupo, detenida y luego puesta en libertad por la policía política debido a sus actividades(10) Pero añade luego: «*Muchas mujeres se dirigen a nosotras porque quieren agruparse para debatir problemas que encuentran como mujeres*». Y es significativo que diversos grupos de "Mujeres por la Paz" hayan acabado por decidir reunirse en reuniones no mixtas, a la vez que permanecen como miembros del movimiento, a fin de impedir a los hombres monopolizar la palabra de poder discutir libremente de lo que las preocupaba. «*Numerosos índices muestran que muchas mujeres, entre nosotras, sienten un sentimiento de insatisfacción*» escribe la novelista Christa Wolf, que escribe en el prefacio a uno de sus libros: «*Nuestra sociedad ha dado a las mujeres la posibilidad de hacer lo que hacen los hombres. Y esto las conduce, como era previsible, a plantearse la siguiente cuestión: pero, al fin y al cabo, ¿qué hacen los hombres? ¿Es eso lo que verdaderamente yo quiero?*». □

Una entrevista con Robert Boyer

LA VUELTA A EUROPA DE LA FLEXIBILIDAD

La revista de la LCR francesa "Critique Communiste" ha entrevistado a Robert Boyer, investigador del CEPREMAP, que es junto a Michel Aglietta uno de los principales teóricos de la llamada escuela de la "regulación" del capitalismo, una corriente del pensamiento surgida del marxismo y cuya influencia no ha cesado de crecer estos últimos años en diversos medios, universitarios, políticos y sindicales. Acaba de publicar en las ediciones de La Decouverte una obra colectiva sobre *La Flexibilidad del trabajo en Europa(1),* **resultado del trabajo coordinado de economistas de diversos países de la CEE.**

En este libro, tras siete capítulos consagrados a la evolución reciente de las relaciones y de la organización del trabajo en siete países de la Comunidad, Robert Boyer propone una síntesis muy interesante en algunos aspectos, pero también muy discutible en otros.

Muy interesante, por ejemplo, cuando distingue los diversos sentidos que recubren el término-comodín "flexibilidad", poniendo en evidencia las apuestas y los riesgos de las opciones patronales inspiradas por un ultra-liberalismo dogmático. Robert Boyer distingue cinco campos de aplicación del término "flexibilidad":

1. La organización de la producción: los "equipamientos flexibles", por el carácter fácilmente modificable de los programas informáticos que regulan su funcionamiento, pueden ser adaptados bastante rápidamente a las variaciones de la demanda de la clientela; eventualmente pueden ser reconvertidos con vistas a producciones diferentes fabricadas en series más cortas que en el pasado.

2. La jerarquía de las cualificaciones: En este caso se trata de "la adaptabilidad de los trabajadores a tareas variadas, complejas o no", a través del desarrollo de la polivalencia obrera, de la cualificación, de la rotación de puestos, o de la proximidad entre producción, control y programación; los sociólogos del LEST(2) demostraron así el contraste a este respecto entre Francia (con un sistema escolar de formación técnica poco desarrollado y desvalorizado, cualificaciones obreras adquiridas frecuentemente en el taller y ligadas a un determinado puesto, un peso importante y muy "político" de la maestría como capa de control de los ejecutantes) y la RFA (donde la enseñanza técnica forma a la gran mayoría de los obreros, dispone de medios abundantes y otorga diplomas muy reconocidos, que facilitan la movilidad entre puestos y entre empresas).

3. La movilidad de los trabajadores: obstáculos, sea al derecho de despido, sea a las posibilidades de los trabajadores para cambiar de región (problema de alojamiento) o de empresa (ventajas sociales específicas que disuadan de dejar la empresa), pueden frenar los nuevos despliegues de capital introduciendo "rigideces".

4. La formación de los salarios: a la existencia del Salario Mínimo, de convenios colectivos y de leyes ("a igual trabajo igual salario") se opone la visión de un salario flexible, función de los resultados de la empresa y del nivel de paro.

5. La cobertura social: la disminución de las cargas salariales y sociales permitiría favorecer el empleo, en tanto que el sistema nacional de Seguridad Social daría paso a seguros privados más flexibles y modulables según las necesidades... y las posibilidades de cada uno.

Basándose en estas distinciones, Robert Boyer critica las flexibilidades 3, 4 y 5, calificadas como "flexibilidades defensivas", portadoras de regresión social y de conflictos explosivos. Por ejemplo, demuestra que la liberalización del derecho al despido o la supresión de los límites legales y sociales apenas tendrían efectos positivos sobre el empleo. Discute muy pertinentemente que una mayor rigidez de los salarios sea causa de paro, mostrando por otra parte las flagrantes contradicciones que se dan entre los diferentes estudios hechos sobre este tema, cuando algunos autores clasifican a los Estados Unidos entre los países más rígidos y a Francia entre los más flexibles, mientras otros llegan a las conclusiones contrarias.

En cambio, más problemática pare-

NOTAS:

(1). Existe una traducción al castellano, publicada por el Servicio de Publicaciones del Ministerio de Trabajo.

(2). Laboratorio de Economía y de Sociología del Trabajo, CNRS, Aix-en-Provence: Política de educación y organización industrial en Francia y en Alemania, *Maurice, Sellier y Silvestre. PUF, 1982.*

ce su valoración de una "flexibilidad ofensiva" que se basaría en las flexibilidades 1 y 2, aceptando elementos de flexibilidad de salarios o de renegociación de las formas de protección social. La idea esencial de Boyer —así como la de otros autores "regulacionistas"— es que no sirve para nada aferrarse a los logros del período de expansión, sino que hay que insertarse en una renegociación global de la "relación salarial" (condiciones y horario de trabajo, gestión de la mano de obra, salarios, protección social...) a fin de evitar que la patronal dé rienda suelta a su rabia destructora y "desreguladora".

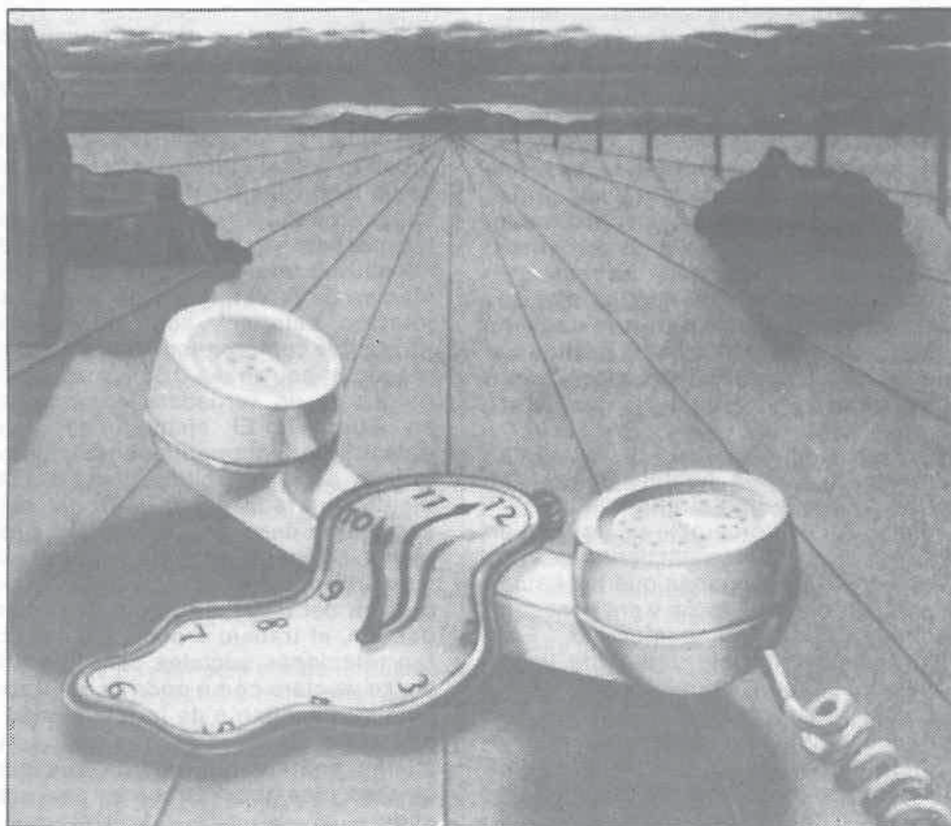
Por esta razón, Boyer propone la "búsqueda de una organización del trabajo y de los equipamientos que permitan una especialización flexible; conseguir una formación y cualificación de la mano de obra que hagan posible una cierta polivalencia; un nuevo enfoque de la acción del sector público y de la legislación del trabajo". En resúmen, una flexibilización sin regresión social.

¿Es realista este proyecto en un país como Francia? ¿Permitiría reactivar el crecimiento y reabsorber el paro? ¿Reforzaría el movimiento obrero o aceleraría su adhesión a los objetivos patronales y su integración? Sobre estas cuestiones, así como sobre el balance de la izquierda y las perspectivas del socialismo hoy, el debate no ha concluído, ni mucho menos.

El capítulo de vuestro libro sobre Francia, redactado por P. Petit, se detiene desgraciadamente en 1983 y parece especialmente eufórico respecto a las perspectivas abiertas por la política de empleo del gobierno Mitterrand-Mauroy. Pero tres años después hay que desengañarse: en vez de iniciar una dinámica de transformación social favorable a los trabajadores, esta política ha sido directamente utilizada por las direcciones de empresa para lanzar sus nuevas agresiones sociales: círculos de calidad, individualización de los salarios, etc.

Robert Boyer: En efecto, una primera razón material explica esta particularidad: el capítulo sobre Francia fué redactado esencialmente en 1984. Por otra parte, la mayoría de los autores del libro no son sociólogos o encuestadores, sino más bien economistas y observadores de los debates sociales. En cuanto al fondo de tu pregunta (y por supuesto en este caso hablo a nivel personal), creo que tanto en 1981 como en 1986, la izquierda quiso realizar un avance, consolidar una relación de fuerzas. Pero en ambos casos, a causa del estado de las estructuras industriales y de las relaciones sociales, de hecho volvió a "echar una mano" a los patrones. Estos tomaron rápidamente la iniciativa, mientras que las direcciones sindicales fueron totalmente desbordadas. A mi parecer, en la raíz de este fenómeno se encuentra una subestimación de la gravedad real de la crisis. A pesar de las declaraciones del proyecto socialista sobre su carácter estructural, los socialistas hicieron como si en la economía todo funcionase como antes; como si desde 1978 no hubiera habido una baja de la sindicación, un retroceso de los movimientos reivindicativos, la presión del paro y un desarrollo de iniciativas patronales en todas direcciones.

A largo plazo quizás se vea que volver a centrar las negociaciones en la empresa, como plantean las principales leyes laborales del gobierno socialista: las leyes Auroux, es un avance favorable para los trabajadores; pero en la situación actual, es evidente que estas leyes han servido a la patronal para fragmentar, individualizar los "status", empresa por empresa. Si se descentraliza en el momento en que los bastiones (siderurgia, automóvil...) están en crisis, en que se **debilita la solidaridad, la situación se vuelve muy precaria en todas partes y nos colocamos en una relación de fuerzas local que raramente es buena. Pero esto no es necesariamente un rasgo de maquiavelismo por parte de** los socialistas, sino más bien un error de apreciación; que finalmente ha dejado libre el camino a un ardid de la **historia. Denunciaban la crisis, pero** sin ser conscientes de que era una crisis real, que impedía reactivar establemente el crecimiento a través de un relanzamiento económico como el **que siguió a mayo del 68. Por eso, la estrategia socialista tradicional se desarticuló y finalmente se produjo esa "derrota silenciosa", ese enterramiento, sin gloria y disimulado de todos los proyectos anteriores, que significó la ruptura de la "unión de la izquierda" y la crisis que llega hasta la victoria de Mitterrand.**



Sin hablar de maquiavelismo, ¿se puede realmente reducir a un simple error de apreciación la verdadera aversión que tuvo permanentemente el gobierno socialista respecto a la movilización de los trabajadores? ¿El hecho de que nunca haya intentado apoyarse y aún menos suscitar la puesta en marcha de su supuesta base social? ¿No es una forma indirecta de ver que los dirigentes de izquierda habían comprendido perfectamente la profundidad de la crisis, pero no tenían ninguna gana de dejarse llevar por un eventual movimiento social allá a donde no deseaban ir?.

En efecto, el gobierno desactivó cualquier movimiento social. Es bastante increíble constatar que en cinco años no hubo ni una sola gran manifestación del pueblo de izquierdas, ni siquiera simbólica, emblemática, que hubiera representado la unidad anterior. "Volved a casa, nosotros hacemos buenas leyes, estad tranquilos",

tal era la consigna. Pero los trabajadores llegaron a estar tan tranquilos que, por el contrario, fueron las clases medias quienes desfilaron por las calles. Relanzar la mecánica keynesiana, y después eventualmente entablar una transformación social, suponía mantener una visión terriblemente anticuada; en realidad se volvía a utilizar tal cual la receta keynesiana de los años 30. Hoy el PCF sigue sólo en esta lógica, la de un aumento de los salarios y del consumo popular como motores de la salida de la crisis.

El caso del Estado español, desarrollado en vuestro libro, también resulta bastante esclarecedor: el PSOE, al igual que el PS francés pero con menos disposición de ánimo, aplica una política liberal clásica e incluso más bien ultra. La crisis ha laminado el espacio disponible para políticas económicas socialdemócratas.

¡Ojo! esto no es cierto en países como Suecia o Austria. La socialdemocracia es una corriente política que considera necesaria una forma de compromiso capital/trabajo, pero a condición de que sea compatible con la competitividad a nivel internacional. En estos países, la gestión de la crisis es mucho más solidaria, la segmentación de los trabajadores es más bien débil, el paro menos elevado, aunque hayan interiorizado perfectamente las coacciones de la "economía de mercado" y de la nueva orientación del capitalismo internacional.

Pero en los países donde ese compromiso socialdemócrata no está arraigado, es decir en la mayoría de los países de Europa y en el resto del mundo, el conjunto de las burguesías llevan a cabo una ofensiva generalizada contra las posiciones adquiridas por los asalariados; de momento, ninguna intenta renovar compromisos; es más bien la hora del enfrentamiento, y no son los partidos socialistas quienes van a la zaga en esta ofensiva, como se ha podido ver en Francia, en el Estado español y en Grecia...

El problema es que los socialistas pensaron que la política económica funcionaba según el principio de "exclusión del tercero": si se habían equivocado al relanzar, entonces los gobiernos de derechas que les habían precedido tenían razón y era necesaria una política de austeridad. Esto muestra un terrible déficit de imaginación, cuando la crisis es poliforme y precisa respuestas diferenciadas, que pueden combinar elementos relacionados con políticas aparentemente opuestas, junto con un considerable esfuerzo innovador.

Así, por ejemplo, en el libro sugerimos que una política de rigor salarial no debería ir acompañada en ningún caso de restricciones presupuestarias, ya que así es inevitable el hundimiento acumulativo en la recesión. Pero los socialdemócratas no han comprendido que hoy están en una situación radicalmente distinta a la de los años treinta: entonces, su programa constituyente (consolidación del salario, creación de la Seguridad Social, relanzamiento de la demanda efectiva) suponía un camino real de salida de la crisis, al menos parcialmente, y abría la vía al modo de regulación de la postguerra y a la era del consumo de masas. Hoy, justo cuando es este modo de regulación el que ha entrado en una crisis prolongada (mucho más grave por otra parte que la de los años treinta, porque el capitalismo ha penetrado mucho más profundamente en el conjunto de los mecanismos de nuestras sociedades), los socialistas no encuentran soluciones y como constatan que su programa no funciona, adoptan el de sus adversarios políticos, alardeando de aplicarlo más humanamente, más suavemente. ¿Cuántas veces repitió esto Fabius cuando era primer ministro?. Pero hay un profundo desconcierto, un desconcierto total en el fondo, reforzado por el descrédito del modelo de la economía socialista planificada y por la ausencia de un modelo alternativo, más o menos coherente y movilizador. Nuestra época tiene un terrible déficit de imaginación social.

Yo reprocharía a ciertos pasajes de vuestros análisis una tendencia al eufemismo. Por ejemplo, en las últimas líneas de una contribución que describe de forma particularmente cruda la política llevada a cabo por los socialistas españoles, L. Toharia sugiere que la ligera mejora del subsidio de paro realizada en 1985 puede "constituir uno de los elementos principales de la definición de una nueva relación salarial", sobreentendiendo un posible compromiso. Volviendo a mi pregunta: hoy en día, ¿dónde acepta la burguesía un verdadero compromiso en Europa?. El ejemplo de Italia muestra perfectamente cómo la herramienta de la flexibilidad está sólidamente agarrada por la patronal para esquivar y después destruir las posiciones de fuerza adquiridas por el movimiento obrero hacia 1969-70; la esplosión del trabajo negro o semi-clandestino, el trabajo a domicilio, resucitan relaciones sociales del siglo XIX. No se ve claro cómo podrían los trabajadores adueñarse de la flexibilidad y ponerla a su favor, ya que esta es la misma política que liquida sus conquistas y les hace retroceder casi cien años.

(*). Instrumento utilizado en Italia para la reconversión industrial, similar a los Fondos de Promoción de Empleo, pero manteniendo la relación laboral del trabajador afectado con la empresa.

Sí, pero Italia es una mezcla de arcaismo social, esto es cierto, junto a modernidad tecnológica, adosada además a las estructuras del Estado-providencia (la "Cassa-integrazione")(3) que facilitó considerablemente las reestructuraciones disminuyendo su conflictividad. No se puede comparar este caso con un arcaísmo puro del estilo de la confección en el Sentier de París. Pero es cierto que para el obrero de la Fiat la relación de fuerzas se ha invertido y que ya no queda gran cosa que negociar; el asunto de la "flexibilidad ofensiva" está zanjado... Porque la "flexibilidad ofensiva" es una estrategia que supone dos condiciones: en primer lugar, que las dos partes, patronos y sindicatos, lleguen a un acuerdo; y que lo hagan bastante pronto. Ahora bien, hoy en día la vuelta a Europa propuesta por el libro muestra en todas partes una increíble recuperación de la iniciativa por parte de las patronales: ahora que los contra-poderes sindicales no les molestan demasiado, la tentación de ir lo más lejos posible es fuerte. Por otra parte, y esto es lo que me temo en Francia, si las empresas reaccionan demasiado tarde, contando, con el "salario mínimo juvenil", y otras pequeñas flexibilizaciones defensivas, y desprecian la formación,..., más dura será la caida. Por ejemplo, en los años sesenta la industria francesa del automóvil optó por una estrategia de descualificación y salarios bajos:

"¿Que a los obreros franceses no les gusta la cadena? Bueno, vamos a buscar campesinos bretones, turcos, yugoslavos, marroquies,..., a quienes podremos pagar el salario mínimo sin darles formación". Y veinte años más tarde, los ponen en la calle, ya que su reconversión es más difícil y no existe diálogo social. Así pues nos encontramos muy lejos de la flexibilidad ofensiva a la que habría habido que recurrir en los años setenta, como hicieron la Volkswagen o la Fiat.
Volkswagen o la Fiat.

Sin embargo la flexibilidad ofensiva de la Fiat empezó con cuarenta mil despidos...

Sí, debo reconocer que cuando hablo de flexibilidad ofensiva lo que tengo en la cabeza es que debe ser ofensiva desde el punto de vista de los trabajadores, pero es forzoso constatar que frecuentemente lo es desde el punto de vista patronal.

Si que hay un país donde la patronal efectúa una política que corresponde, "a grosso modo", a lo que tú llamas flexibilidad ofensiva; se trata de la RFA. Basándose en posiciones dominantes en sectores-clave del mercado industrial, en un sistema muy rodado



de formación obrera y en un desarrollo de la cualificación y de la polivalencia obrera desde hace al menos diez años, la patronal alemana tampoco se ha ahorrado imponer un paro masivo, totalmente comparable al de Francia o Italia. O sea que la flexibilidad como herramienta de competitividad sí, pero para hacer disminuir el paro...

Efectivamente el capitalismo alemán supo, desde hace tiempo, jugar la baza de la cualificación y de la movilidad obrera voluntaria; al contrario que la patronal francesa. Los sociólogos del LEST han mostrado que en la RFA la movilidad entre empresas y sectores aumentó considerablemente al iniciarse la crisis, gracias a la eficacia del sistema de formación y al valor de los diplomas de la enseñanza profesional, mientras que en Francia las formaciones "caseras" tuvieron como efecto frenar la movilidad voluntaria desde que el empleo comenzó a descender. En efecto, los alemanes disponen de considerables excedentes comerciales, de una moneda muy fuerte, y en vez de utilizar estos recursos para relanzar la economía y reducir el paro, como se haría en Francia, continúan con políticas restrictivas muy prudentes y mantienen un nivel de paro importante. Para comprenderles, hay que darse cuenta de que los alemanes no juegan al mismo juego que nosotros: nosotros esperamos ser brillantes segundos o brillantes terceros a nivel europeo, ellos apuntan a ser primeros o segundos en el mundo. De aquí proviene esa verdadera obsesión de la competitividad, esa angustia (¡que dura ya quince años!) sobre el "declive" alemán, porque no quieren, en modo alguno, perder el tren de la tercera revolución industrial, sino subir a la cabecera del tren de la próxima fase de expansión.

Segundo problema: por poderosa que sea la industria alemana, no es ella quien determina la velocidad del crecimiento de la economía mundial, y el relativo estancamiento actual les priva de una importante válvula de seguridad; el paro masivo en Europa reposa parcialmente en esta dependencia respecto a los mercados mundiales.

Finalmente y sobre todo, si bien se ve claramente cómo se está reestructurando el aparato productivo en torno a la robótica y la informática, nada así de evidente se perfila para el consumo. Es cierto que los microordenadores personales o el vídeo se desarrollan, pero en proporciones que no tienen nada de comparable con lo que representaban el automóvil o la construcción en la post-guerra. Ahí duele: la falta de dinámica en los bienes de consumo reduce a las inversiones a un simple papel racionalizador, es decir de creación de paro, en lugar de ampliar el volúmen de producción y de mercados. Y sigue sin verse todavía qué nuevos valores de uso podrían tomar el relevo al consumo de masas "fordista".

En estas condiciones, la flexibilidad ofensiva no es, evidentemente, la solución única a todos los problemas, pero es evidente que ante los nuevos desafíos de la situación más vale una adaptación "progresista" y negociada, que defensiva y resignada.

Volviendo a Francia y a tu distinción ofensiva/defensiva, me parece que la patronal tiene una visión muy diferente, poco progresista, de la flexibilidad: las nuevas políticas patronales en las empresas están inspiradas normalmente en un proyecto muy preciso que combina precariedad (contratos de duración determinada, media jornada, interinos...), servidumbre al ritmo de la empresa (modulación de horarios, trabajo en equipo, en fines de semana...) y ciertas formas de integración (círculos de calidad, participación en los beneficios, individualización, marginalización de los sindicatos), al estilo japonés... ¿Piensas que la patronal esté diespuesta a negociar este tipo de proyecto frente a otro?.

En la época del crecimiento rápido,

cuando los asalariados sabían que el riesgo del paro era casi nulo, podían imponer alzas de salarios, que las empresas recuperaban subiendo los precios. El juego era muy estable. Ahora que el paro pesa con toda su fuerza, los patrones pueden imponer prácticamente lo que quieren. Pero a mi parecer, bajar los salarios, despedir y "precarizar", no es la mejor manera de preparar las relaciones laborales y las cualificaciones que mañana necesitará la industria; además, es arriesgarse a enfrentamientos sociales desesperados, del estilo de la huelga de los mineros británicos, terriblemente costosos incluso para los beneficios patronales.

Pero la patronal francesa no busca el enfrentamiento directo como Thacher; la dosificación en la aplicación de proyectos es diferente. Sin embargo los modelos sociales que se están realizando se parecen mucho: una sociedad de precariedad y exclusión, con una cada vez mayor segmentación del mercado de trabajo y de los mercados de consumo; y dónde la redistribución de los ingresos en beneficio de las capas salariales más altas o de los no asalariados puede a cierto plazo dar un nuevo dinamismo al consumo, ya no de masas sino de élite...

Hoy la imagen de la sociedad dual está realmente superada, remite a un período cómodo, con los trabajadores estables por una parte, los interinos por la otra... Hoy se da más bien la fragmentación: comenzando por los jóvenes que todavía no han conseguido trabajar; luego los emigrantes, las mujeres; después los asalariados de la pequeña empresa, etc. Los "status" se resquebrajan uno tras otro, a merced de las relaciones de fuerza. La segmentación es multiforme y cada uno se ve en una posición en la que tiene la impresión de tener una ventaja que defender respecto a una categoría más desfavorecida. ¿Este tipo de situación social es viable a largo plazo? No lo creo; me remito al artículo de Steinberg publicado en el nº 31 de la revista "Critique de l'economie politique" sobre las políticas neo-liberales en los USA y en Inglaterra: demuestra que en efecto la distribución de los ingresos en los USA se ha hecho bi-modal. Por una parte, los cuadros, los financieros, las profesiones liberales, que ganan dinero en grandes cantidades; por otra, los porteros, los empleados de comercio a tiempo parcial, etc., muy mediocremente pagados. Ahora bien, el mercado de los bienes sofisticados, destinados a capas privilegiadas, no parece en absoluto suficiente como para reactivar una dinámica estable. Stenberg estima por el contrario que la reactivación americana se basa en el crecimiento de los gastos militares y nada en absoluto en la reactivación del consumo de los ricos que deberían haber contratado asalariados a su servicio, como preveía el proyecto reaganiano (enriquecer a los ricos para dar trabajo a los parados).

Pensemos lo que pensemos de las estrategias liberales de las burguesías occidentales, y aunque, como tú mismo dices, no parece que perfilen una salida viable a la crisis, resulta que estas políticas las llevan a cabo, incluso de forma muy enérgica. Más que intentar modificarlas para que sean más suaves y más inteligentes a largo plazo, lo que me parece terriblemente ilusorio, ¿no sería mejor intentar recomponer un proyecto estratégico realmente alternativo, que fuese al mismo tiempo un estímulo a la resistencia de los trabajadores contra los ataques de los ultraliberales y una perspectiva autónoma a largo plazo, no menos creíble que la de la burguesía? El socialismo autogestionario, el sistema económico antiguamente imaginado bajo el nombre de planificación democrática, ¿te parecen definitivamente desacreditados? ¿El capitalismo debe ser nuestro "horizonte insuperable"?.

Hace ya mucho tiempo que los "regulacionistas" están tratando de reflexionar sobre alternativas, estrategias diferentes a la simple "modernización" que parece haber logrado un amplio consenso hoy. Pero hay que reconocer que apenas han sido escuchados; por ejemplo el libro de Lipietz ("L'audace et enlisement") que aparecía sin embargo en la coyuntura política en el momento preciso, no suscitó los debates esperados. Entonces, nos vemos obligados a insertarnos en un debate del que no hemos elegido los términos, el de la "modernización", como llevados por la corriente, un curso de acontecimientos que se nos va de las manos. "Si no queda más remedio que hacer flexibilidad, al menos que sea positiva, progresiva y no puramente desestabilizadora". Este mensaje puede parecer irrisorio, pero la regresión del debate social nos lleva a este punto. Pocas de las ideas que sugeríamos tras 1981, por ejemplo que la reactivación no era suficiente y que la profundidad de la crisis obligaba a buscar un nuevo proyecto social, fueron escuchadas por la izquierda.

El discurso de Lipietz tiene explícitamente tres niveles: 1. Por supuesto, la revolución y el socialismo serían lo ideal pero como ya nadie cree en ellos,



entonces...: 2. Hay que desarrollar lógicas alternativas en el propio interior del sistema (cooperativas, asociaciones...) y como esto tampoco funciona... 3. Hay que presionar sobre las políticas que se llevan a cabo para limitar los destrozos...

A este respecto, quizás el problema actual sea pasar del tercer nivel al segundo. Porque siempre se puede afirmar que es intolerable que crezca el paro, que la modernización del capitalismo no es nuestro problema, etc... pero la cuestión crucial es la del modelo alternativo. Ni siquiera estoy seguro de que si se desarrollase un poderoso movimiento social alternativo, encontrara un proyecto global coherente. Por ejemplo, cuando algunos hablan de las necesidades que deberían guiar el desarrollo económico, esta noción de necesidad social, de su origen y de su expresión, independientemente de las condiciones forjadas por el propio capitalismo, plantea problemas.

Pero los "regulacionistas", aunque han subrayado las facultades adaptativas del capitalismo, nunca han afirmado que este fuera insuperable. Por el contrario, los trotskistas por ejemplo, con ocasión de cada gran crisis, tenían la costumbre de decir que la supervivencia del capitalismo estaba en juego, lo que es cierto, pero subestimaban la plasticidad del sistema, su facultad de recuperarse. Al mismo tiempo, en un artículo publicado en "Critique de l'economie politique" en 1979, yo mismo decía que la gran crisis actual es estructuralmente mucho más grave que la de los años treinta. El capitalismo ha densificado todas las redes de control de la sociedad, interioriza las contradicciones a las que antes escapaba huyendo hacia adelante. Quizás todavía es susceptible de interiorizarlas un poco más (esta sería la idea de las flexibilidades ofensivas) del mismo modo que el sistema puede desmoronarse bajo el efecto de una crisis financiera, o de una guerra. Pero la idea de que del desmoronamiento del sistema capitalista, podría surgir el socialismo me parece dramáticamente falsa: también pueden resultar de ello formas de barbarie totalmente imprevisibles. ¿Una sociedad alternativa surgida de la generalización del campo de fútbol de Heysel?. ¡No, gracias!. El drama es que el movimiento obrero ya no es portador de un modelo de sociedad movilizador: el modelo social-demócrata tradicional ya no es viable, el modelo del "socialismo real" (del que el PCF nunca se ha desligado realmente) está desacreditado por la experiencia de la URSS.

Es evidente que no todos los "regulacionistas" están de acuerdo en estos puntos, ya que Aglietta en *"Metamorfosis de la sociedad salarial"*, se adhiere totalmente a la visión de una sociedad en vías de unificación en la que el antagonismo capital-trabajo habría desaparecido.

En este punto, yo no soy Aglietta. Sigo pensando que los conflictos, p.ej. los que se refieren a la flexibilidad, conciernen en primer lugar y sobre todo al lugar en las relaciones de producción y por lo tanto designan luchas de clase (cf. la flexibilidad) y sólo después son "luchas de clasificación" internas al asalariado. A mi parecer, la crisis actual no es una simple "mutación" de dónde por fin surgirá la modernidad, sino más bien una crisis estructural profunda del modo de producción capitalista.

Evidentemente, una crisis financiera generalizada puede socavar las bases del sistema actual, pero tengo serias dudas sobre los modelos alternativos, incluso de tipo autogestionario. ¿En el fondo, que es la autogestión sino una forma de minar la acción del mercado capitalista? Oscar Lange, para convencer sobre la superioridad económica del socialismo, demostraba que éste realizaba el mercado perfecto, es decir un resultado óptimo. Es una perspectiva bien poco exaltante. Además, la autogestión no excluye en absoluto relaciones de competencia o de auto-explotación, como se ha visto en Yugoslavia; resulta que la autogestión es todavía un sistema en el que la socialización continúa pasando por el cambio mercantil y sus consecuencias sobre la desigualdad y la concentración del poder económico...

A pesar de todo el postulado del capitalismo insuperable se basa en una total ignorancia de la riqueza de las experiencias concretas. Por ejemplo, entre 1955 y 1961 Yugoslavia vivió una combinación muy interesante de planificación realmente centralizada y autogestión realmente democrática, pero que chocó con la violencia de las contradicciones nacionales del país. ¿No crees que una elaboración en este sentido —planificación y democracia— sería muy útil?.

El modelo yugoslavo fué uno entre otros, en una larga serie: sucesivamente los modelos soviéticos, sueco, austriaco, cubano, atrajeron la atención; hoy la opinión se vuelve hacia el modelo japonés, a reserva de enriquecerlo con más pluralismo y derechos democráticos (como si por otra parte el modelo japonés pudiera funcionar en las conflictivas y desgarradas sociedades de hoy en Europa...). Esto indica una verdadera obsesión por la tecnología, como si todo el mundo hubiera retomado el *credo* marxista, según el cual un modo de producción que contribuye al desarrollo de las fuerzas productivas es naturalmente progresista en términos sociales. Ciertamente, hasta ahora no se ha encontrado nada mejor que el capitalismo para desarrollar las fuerzas productivas, pero la modernidad tecnológica de la que tanto se nos habla pone en segundo plano, o incluso olvida, la modernidad social, la invención de relaciones sociales diferentes. Habría que reflexionar seriamente sobre otras cosas, por ejemplo sobre un modo de socialización parcialmente no mercantil. Me pregunto si, por ejemplo, S.C. Kolm no tiene razón al buscar en esta dirección, si no plantea la verdadera cuestión cuando habla de "reciprocidad general", etc. Por mi parte, tengo una visión mucho más modesta de mi papel como intelectual. De momento no está nada mal si puedo contribuir a mostrar la diversidad de las transformaciones posibles de la relación salarial en los países capitalistas desarrollados. ¿Acaso rechazar las posiciones de un determinismo estricto de la técnica y la economía, no significa contribuir al surgimiento de un programa político alternativo?. □

República Federal Alemana:

LOS SINDICATOS ALEMANES FRENTE A LAS NUEVAS TECNOLOGIAS

Ulrich Briefs **es uno de los militantes sindicales que, en la primavera de 1985, figuraba como cabeza de lista de los Verdes en las elecciones al parlamento regional de Düseldorf. Trabaja en el Instituto de Ciencias Económicas y Sociales (WSI) de la DGB (Confederación Sindical de la RFA).**

Peter Bartelheimer y Werner Hulsberg **discutieron con él sobre las contradicciones y problemas de la política tecnológica de los sindicatos, el "ecosocialismo" y las elecciones al Bundestag en 1987.**

En estos últimos años, en toda una serie de sindicatos, sobre todo en los sindicatos del Metal (IG-Metall) y de Artes Gráficas (IG-Druck un Papier), la aceptación sin reservas del "progreso técnico" ha sido sustituída cada vez más por un rechazo a la aplicación capitalista de la técnica. En el programa de base de la DGB de 1981, todavía se podía leer: «*Los sindicatos aprueban el desarrollo técnico como factor esencial de la elevación del nivel de vida y de la disminución del trabajo humano*». **Por el contrario, el nuevo programa de acción "Trabajo y Técnica" constata:** «*No son las máquinas, sino el sistema de los "propietarios de las máquinas —las relaciones de propiedad y el poder exclusivo para disponer del desarrollo, aplicación, utilización y organización de las máquinas y de la técnica— la causa de la inseguridad social así como de las consecuencias negativas de la reestructuración para los asalariados y la sociedad entera*».

¿Cuál es tu opinión?, ¿no es el robot industrial el que destruye empleos, sino el empresario que lo aplica con este fin?. ¿Hasta qué punto es "alternativa" la política de los sindicatos en materia tecnológica?.

Nuestra actitud hacia las nuevas tecnologías relanza toda una serie de debates que existían ya antes: sobre el consenso social, la reducción del tiempo de trabajo, la participación en la gestión de las empresas. Y precisamente en el debate sobre las nuevas tecnologías, hemos asistido al cuestionamiento del consenso social, al menos en amplios sectores del movimiento sindical. La confrontación con las nuevas tecnologías ha hecho que los sindicatos cambien su actitud ingenua hacia el progreso. A pesar de todas las críticas que se pueden hacer, hay que reconocer que ya en los años sesenta, cuando reinaba aún el "pleno empleo", los sindicatos habían presentido que esto podía cambiar, por ejemplo en la conferencia sobre la automatización de "IG-Metall". Sin embargo, la discusión no sería hoy tan viva si la situación en el mercado de trabajo no se hubiera deteriorado a mediados de los años setenta.

Las controversias sobre un gran número de nuevas tecnologías en las empresas, cuya utilización apenas ha comenzado, ha provocado que los sindicatos de la RFA cambien fundamentalmente su actitud, tradicionalmente "ingenua" hacia el progreso técnico. Ya no se dice que el "progreso técnico" en sí es positivo, que es neutro y aporta aumentos de productividad, y que nosotros, los sindicatos, vamos a hacer lo necesario para que los salarios y las prestaciones sociales sean justas, que vamos a intervenir aquí y allá por la reducción del tiempo de trabajo o por ligeras mejoras de las condiciones de trabajo, y eso es todo. Así, en el congreso nacional del DGB, en 1982, la dirección se ha visto obligada por una moción a comprometerse en rechazar categóricamente la aplicación del sistema de identificación "informatizada". Este voto constituye una intervención concreta en el desarrollo tecnológico en curso y tiene como objetivo impedir este desarrollo y no sólo su utilización. El OTV (Sindicato de los transportes y servicios públicos), del que no se puede decir que sea una "organización revolucionaria", había tomado ya la decisión, en su congreso de 1980, de impedir la puesta en pie de nuevos sistemas de identificación informati-

NOTAS:

(1). El objetivo de la IG-Metall en Baden-Würtenberg era el mantenimiento del nivel de los salarios. Franz Stein Kühler ha calculado que en la región de Stutgart sin el mantenimiento de los salarios obtenido por la huelga, cerca del 40% de los trabajadores del metal habrían perdido hasta el 25% de su salario neto. El objetivo de la IG-"Druck und Papier" era el mantenimiento del estatuto de obrero cualificado en la introducción de los sistemas de composición electrónica.

(2). De los derechos de participación válidos durante toda la duración de la aplicación de las nuevas técnicas (contrariamente a la participación limitada a la toma de decisión).

(3). Horst Kern y Michael Schumann: Das Ender der... (¿El fin de la división del trabajo? Racionalización en la producción industrial). Munchen (Beck) 1984.

zados y de abolir los ya existentes. Así, se han producido nuevos conflictos no sólo en las empresas sino también a propósito de la política a seguir en los convenios colectivos.

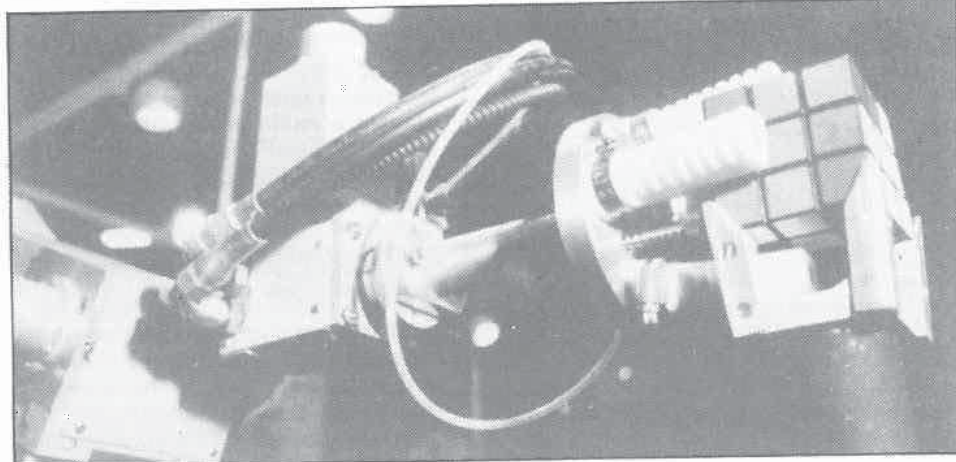
Las repercusiones de las nuevas tecnologías ya fueron objeto de huelgas lanzadas por el IG-Metall y el IG-Drucke und Papier(1) en 1978. Fueron el origen de la reivindicación de las 35 horas. En 1984, durante la huelga por las 35 horas, más allá de algunos dirigentes, los trabajadores y trabajadoras en las empresas tenían también conciencia de que en las condiciones sociales dominantes, las nuevas tecnologías no sólo suprimen tiempo de trabajo socialmente necesario, sino que también destruyen empleos en un grado mucho más elevado que nunca. Allí donde el IG-Metall organizaba stands de información para los huelguistas ante las puertas de las empresas, el tema central era a menudo las nuevas tecnologías (por ejemplo en la "Opel" de Russelsheim). En los mítines que preparaban la huelga se sentía que los trabajadores y las trabajadoras eran muy sensibles frente a los peligros ligados a las nuevas tecnologías.

Hoy se es consciente de que en adelante hay que intervenir sobre estas cuestiones, en su desarrollo y planificación. Saber si se sacan siempre las conclusiones correctas o si existen respuestas en el marco del consenso social, es otra cuestión. Es evidente que para la microinformática y las tecnologías modernas, desarrollo y aplicación en la empresa son interdependientes. El sistema de banco de datos a nivel de las empresas, por ejemplo, no ha sido introducido desde el exterior, sino que se ha desarrollado laboriosamente en cada empresa según condiciones particulares. Por esta razón han cambiado mucho algunas ideas sobre la cogestión en las empresas. "Cogestión" significa cada vez menos la realización de acuerdos, negro sobre blanco. Se trata de constituir comisiones paritarias o de afirmar el principio de una participación permanente(2), como ha sido el caso en "Opel". El cambio se expresa hoy mejor por la fórmula: abandonar la política del «*sí, pero*» por una política del «*no, a menos que*».

La última conferencia de la DGB sobre la política tecnológica en el otoño de 1985 parece haber supuesto un giro. La revista *"Welt der Arbeit"* (El mundo del Trabajo) ha escrito que la DGB quiere «*ocuparse con optimismo de la tecnología*» teniendo como objetivo el que los comités de empresa y los delegados del personal «*participen en la aplicación de la técnica*». ¿Se trata de un comienzo de vuelta atrás?.

Hay sectores en los sindicatos que quieren ignorar los conflictos. Hay que ver las cosas tal cual son: en primer lugar, los dirigentes locales no quieren oir nada sobre las nuevas tecnologías, porque no entienden gran cosa el asunto. Están sobrecargados —a veces tienen también cargos municipales como militantes socialdemócratas— y desbordados. Y en segundo lugar, dudan en lanzarse en un nuevo género de conflictos industriales puesto que al mismo tiempo tienen un montón de otros problemas que afrontar como cierres de fábricas, juicios y muchos más. Los sindicatos y en particular la DGB (puesto que se trata de un proceso que afecta a todos los sectores profesionales) han descuidado la puesta en pie de estructuras de concertación sobre cuestiones de las que los dirigentes no tenían todavía ni la menor idea.

Pero esto no basta para explicar el "giro de la política tecnológica" que se anunciaba en la conferencia de Bonn. Este giro ha tomado la forma de una doble posición crítica: por un lado, contra la política tecnológica de la industria, ingenua y optimista, y por otro contra el catastrofismo del movimiento alternativo. Nunca había pasado esto en los sindicatos.



Todo esto indica que el giro anunciado tiene bases políticas.

Hoy en los sindicatos, hay un conflicto entre la posición que parece estar representada por Hermann Rappe del IG-Química —una política a favor de los asalariados que tienen un empleo— y la antigua posición según la cual debemos representar los intereses de todos los asalariados, incluídos los que no tienen empleo; lo que implica también que debemos actuar para que esos intereses estén presentes en la conciencia de los trabajadores.

En la DGB, son los sindicatos de rama los que tocan la música, aunque con partituras muy diferentes. Esto ya nos ha debilitado en la lucha por la reducción del tiempo de trabajo. También en el terreno de la política tecnológica, la DGB cede hoy a la presión más fuerte. Esta presión está ejercida actualmente por la IG-Química y algunos otros sindicatos de rama que proponen soluciones según su propia visión, que va desde la política sindical más corporativa hasta la gran coalición. La conferencia sobre la política tecnológica ha estado completamente marcada por esta actitud. Por una parte, los permanentes estaban superrepresentados y los militantes particularmente subrepresentados y por otra, la IG-Metall y la IG-Bruck und Papier no se han procurado los medios para ejercer una presión suficiente. Sus posiciones han quedado en un segundo plano.

En el fondo, hay que comprender esta conferencia sobre la política tecnológica como una tentativa de arrastrar a los sindicatos por la vía de la "política de modernización ecológica" del SPD incluso con vistas a las elecciones al Bundestag en 1987. El proyecto de la socialdemocracia es la modernización. Para ello hacen falta orden y calma. Así lo ha dicho claramente el representante de un comité de empresa de la industria del automóvil: «*Tenemos que buscar la coalición con la fracción modernista de la patronal*». Y para ello, hay que vencer a las fuerzas que buscan el conflicto y que existen hoy en muchos comités de empresa y entre numerosos delegados del personal.

El estudio de sociología industrial de Horst Kern y Michael Schumann(3) del que desde hace un año se discute ampliamente, constata que en las empresas más informatizadas, no habrá sólo víctimas de la racionalización, sino que también habrá asalariados que se beneficien de ella. Se pueden sacar dos conclusiones: o bien los sindicatos deben oponer respuestas globales a estas tendencias de división, o bien deben intentar asegurarse una base reducida pero estable entre los "beneficiados". ¿Puede ser

explotado este estudio por grupos que tienen interés en derrotar a las fuerzas más combativas?.

Pienso y espero que no haremos una política unicamente para la minoría, es decir una política para los beneficiados por la racionalización y que la aceptan. Kern y Schumann ven ahora que sus tesis suscitan cantidad de problemas, en particular en un contexto en que nuevas concepciones de la producción podrían desmantelar el sistema de división del trabajo y conducir a una recualificación en el proceso de producción. No hay que olvidar que su estudio no hace previsiones más que para los próximos diez años.

Pero entramos en una fase de conmociones a largo plazo del mundo del trabajo y paralelamente en una crisis a largo plazo, que en muchos aspectos es comparable a la de los años veinte y treinta. Así pues, las respuestas de fondo deben plantearse para un amplio período. Incluso en diez años, la puesta en pie de nuevas tecnologías no será realizada más que muy parcialmente. Lo que es característico de estas técnicas, es que se desarrollan en un proceso de larga duración en el interior de cada empresa. Por esta razón, en esta fase de introducción de nuevas tecnologías, la industria tiene necesidad de una fuerza de trabajo cualificada y por otra de un clima tranquilo en las empresas para poder resolver los problemas organizativos iniciales que son enormes. Y las ganancias de productividad no se manifiestan enseguida.

La perspectiva a largo plazo es por el contrario completamente diferente.

En primer lugar, se espera un aumento de la productividad mucho más elevado que hasta ahora. Sin embargo, esta vez, la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario no irá parejo con un crecimiento de la masa de valores de uso, como se dio en las precedentes mutaciones tecnológicas. En las condiciones existentes, significará supresiones masivas de empleo, lo que Kern y Shumann no niegan. Además, conducirá a una descualificación masiva. Se desarrollarán sistemas técnicos que realizarán procesos de trabajo (en particular, la informática) hasta el presente realizados por una fuerza de trabajo cualificada. En fin, en el curso de este desarrollo, los obreros "cualificados" serán sometidos a tensiones acentuadas, a controles y a un reforzamiento de la vigilancia. La técnica de los ordenadores ofrece la posibilidad de tratar una enorme cantidad de datos en todos los estadios del proceso de trabajo. La inversión acelerada de capital y el aumento de las cargas fijas en relación a las variables —por ejemplo en los servicios que hasta ahora no estaban telematizados y en los que ahora se trabaja con el ordenador— determinan la necesidad económica de suprimir empleos. En este contexto, hay que observar con un ojo más crítico la teoría de la división entre personal estable y personal fluctuante, y la división social entre "asalariados privilegiados" y "marginales". En efecto, el peligro de las nuevas tecnologías amenazará igualmente y cada vez más a los "asalariados privilegiados". En la fase inicial, las empresas todavía tienen necesidad de ellos. Cuando, por ejemplo, se introduce un complejo informático para modernizar las máquinas herramientas tradicionales, se tiene necesidad de obreros cualificados para corregir eventuales faltas de programación. Pero, a largo plazo, las nuevas tecnologías acarrean también un ataque masivo contra los obreros cualificados. Hay que plantear la cuestión: ¿supervisar los controles de un sector de producción es verdaderamente una "nueva actividad" en el sentido indicado por Marx cuando habla de un ser humano, rico de potencialidades, enriquecido por las relaciones sociales?.

Pero existe una dificultad, que dado el grado de conciencia actual, no tiene solución, la presión del mercado exterior. ¿No están asustados por su propia audacia los sectores críticos del movimiento sindical?. Porque las técnicas alternativas se enfrentan con los límites de la economía de mercado. En última instancia, la alternativa no es: o reestructuración capitalista u otro sistema social?.

Una gran carencia del movimiento sindical es no tomar esto en consideración. El problema es que todo lo que se puede hacer en el interior del orden económico existente es falso. Si se racionaliza y moderniza (poco importa que haya o no florituras ecológicas), las contradicciones económicas internas así como el paro masivo serán agravados inevitablemente. Si no se racionaliza, entonces existe el peligro de que por la pérdida de mercados exteriores, aparezcan otras crisis a corto o largo plazo: en este caso también el resultado sería el aumento del paro. El tema central de la política sindical es y sigue siendo la política económica y lo que sorprende curiosamente, es que ha permanecido marcada por la lógica del sistema de mercado durante muchos años. Ni los sindicatos ni el SPD recogen este dilema. Los únicos que lo comprenden un poco son los Verdes y no todos. Y la única respuesta que se puede dar es desarrollar la perspectiva de la retirada del mercado mundial anárquico. El

debate sobre este asunto no ha hecho sino comenzar. Para estimularlo en los sindicatos, hago siempre referencia a reivindicaciones fundamentales como la planificación social, el control de las inversiones y la socialización.

Hasta ahora, todo esto ha permanecido a un nivel muy superficial, pero hoy se puede abordar ya este tema en cualquier sitio, aunque sea con conceptos diferentes. Los militantes y delegados sindicales notan también que a nivel internacional, por ejemplo en la Comunidad europea, existe una política de investigación industrial y tecnológica mucho más avanzada y se preguntan: ¿se puede resolver la cuestión sin acción a escala internacional?. Sin embargo, hay que decir que no hay hoy nada más lamentable que las estructuras sindicales internacionales oficiales.

¿Se pueden reducir estos debates que plantean el problema de una nueva utopía social a la discusión sobre lo que se llama el "ecosocialismo?.

Los socialistas no son en realidad una corriente, sino que engloban todo un abanico de posiciones diferentes. Veo reales posibilidades de desarrollar una utopía social.

En primer lugar, hace falta una reducción radical del tiempo de trabajo. Debemos decir a la gente: u os convertiréis en parados, puesto que uno de cada dos asalariados/as en Alemania Federal ha estado en el paro durante los últimos cinco años, o (si tenéis suerte y encontráis trabajo) estaréis cada vez más explotados y amargados hasta los 55 ó 58 años.

En segundo lugar, hacen falta modificaciones cualitativas decisivas en las condiciones de trabajo. Pues habrá quizá aquí o allá fábricas en las que ya no habrá fuerza de trabajo humana, pero no habrá unidades de producción cerradas en las que robots construirán robots. Así pues, el trabajo social será siempre necesario y en el dominio de la producción esto nunca será Jauja. El trabajo implicará siempre obligaciones e incluso si introducimos las nuevas tecnologías para reducir el trabajo de todos, siempre pagaremos un precio. Por ejemplo el trabajo en un ambiente informatizado será más intenso. Tendremos que adaptarlo a ese funcionamiento. Tenemos pues que procurarnos otras oportunidades que nos permitan sacar partido y desarrollar en la empresa nuestras facultades humanas. El objetio no es sólo una modificación de las relaciones de propiedad, sino una democratización radical del funcionamiento de la empresa, y en particular de la dirección de la empresa. Se trata pues de "expropiar" todo un sistema, incluyendo todas sus estructuras judiciales y culturales. Si queremos tener una democracia en las empresas, tenemos que descentralizar. Las empresas descentralizadas no podrán sin embargo orientar su producción en el marco anárquico del mercado mundial. De lo que tendrán necesidad es de relaciones transparentes entre vendedores y compradores.

El aumento de tiempo procurado por la reducción del horario de trabajo debe utilizarse para permitir pausas de recuperación (necesarias en razón de la tensión del trabajo) y para crear posibilidades de formación contínua en la empresa. El proyecto de los Verdes de una nueva organización del tiempo de trabajo, que prevé una hora semanal para reuniones de grupos de trabajo en la empresa va en este sentido. Si en los años 90 tenemos la semana de 25 ó 30 horas, ¿por qué no podríamos consagrar algunas horas semanales a la democracia en las relaciones de producción, es decir introducir el control y la participación permanente de los trabajadores?. Damos por supuesto que estos cambios que llegan al corazón de las estructuras de poder en las empresas encontrarían una resistencia mucho más fuerte que la política tradicional de reducción del tiempo de trabajo.

En tercer lugar, controlar las técnicas significa apoyar algunas evoluciones y frenar otras. Esto exige también una modificación radical de las relaciones internas en la empresa para crear otros complejos de producción para "desjerarquizar" las estructuras organizativas y para destruir los trusts.

En cuarto lugar, hay que crear empleos alternativos por medio de una producción alternativa, la búsqueda de un proyecto alternativo, subvenciones del Estado para un programa de reestructuración ecológica, como el que hemos propuesto en Renania del Norte de Wesfalia.

En quinto lugar, es inevitable plantear la cuestión de las relaciones de propiedad en la sociedad. Esta cuestión no viene al comienzo, sino al final de toda una cadena de reflexiones sobre lo que se debe hacer para acercarse a una utopía concreta y real.

¿Por qué los Verdes no están a la ofensiva hacia los socialistas en el terreno político y programático?. ¿Por qué la corriente ecosocialista no intenta, al menos, oponer estas posiciones a la producción ideológica de, por ejemplo, Peter Glotz?.

Hay una cierta parálisis en los Verdes en lo que concierne a las contribuciones al desarrollo político y so-

cial. Espero que superemos pronto esta fase. Hay materia para la controversia. Johannes Berger, con quien antes de las elecciones regionales he tenido un debate contradictorio sobre la política económica en el "Tageszeitung"(4), piensa que el liberalismo es el gran terreno inexplorado de los Verdes. No tiene en cuenta las presiones del sistema económico inherentes al sistema de libre mercado. Con el proyecto de una cooperación sin problemas de las fuerzas libertarias y liberales, así como con el proyecto reformista clásico del ala de los "realos" (el ala llamada "realista" de los Verdes), corremos el riesgo de un fracaso parlamentario de los Verdes.

Lo que es característico de la corriente ecosocialista, es que toma como punto de partida el mundo del trabajo y la masa de los asalariados para desarrollar un programa de modificaciones cualitativas en todos los dominios de la vida. Si cuestiones fundamentales son sacrificadas a consideraciones electoralistas o de táctica de coalición, como hacen los "realos", fracasaremos en 1987 en las elecciones al Bundestag. Tenemos que hacer frente común de entrada contra todas las tendencias conservadoras y neoconservadoras. Por otra parte, frente al SPD, debemos afirmar con argumentos de fondo que sin nosotros no habrá cambios. No será difícil pues, en el fondo, el SPD ya no tiene más que decir.

Willi Hoss ha explicado brevemente que los Verdes no deberían cerrar los ojos ante la posibilidad de un gobierno socialdemócrata por miedo de ser utilizados por el SPD. Con ello sugiere también acentuar el proceso de diferenciación en el interior del SPD. Según tú qué deben hacer los Verdes tras 1987?.

Lo que debemos realizar hasta 1987 es una concepción de desarrollo social que apunta a cambios fundamentales y que fija al mismo tiempo una línea de conducta para situaciones inmediatas. Es imposible determinar por adelantado el camino por el que se puede presionar al SPD para que se comprometa a cambios ecológicos y sociales verdaderamente esenciales. Para los Verdes, propondría una función de control, a saber: toleraríamos un gobierno socialdemócrata, cooperaríamos con el SPD; ello depende de la situación concreta. Pienso que sería peligroso repetir la experiencia del gobierno de coalición en Hesse, donde se han sacrificado completamente posiciones de fondo. Estoy por formular reivindicaciones de fondo muy firmes como en Renania del Norte-Wesfalia para a continuación marcar puntos. No hemos intentado estar en el Parlamento para imponer cambios de fondo al estado burgués sino para tener una tribuna política; por ejemplo, para participar como parlamentarios en ocupaciones de fábricas. Al menos sobre una cosa debería haber un acuerdo en el seno de la izquierda: si los Verdes desaparecen, ya no habrá oposición parlamentaria en los próximos diez años. En 1987, los Verdes deben obtener más del 5%, pues el SPD sólo no puede hacer nada contra las fuerzas de la derecha, y la política del SPD que consiste en modernizaciones capitalistas no puede más que conducir a una agravación de las contradicciones sociales.

¿Qué ocurre cuando cuentas en una reunión sindical que militas con los Verdes?.

Depende. Hay un "sentimiento de simpatía" hacia los Verdes en los sindicatos que es bastante amplio. Casi en cada curso de formación, en cada conferencia, muy a menudo en las empresas y comités de empresa, encuentro compañeros que apoyan a los Verdes, incluso entre los permanentes y los llamados "socialistas tradicionales". Sencillamente, buscan una oposición coherente. Por otra parte, siempre hay tentativas de marginación. A ello opongo siempre que somos un sindicato unitario. □

(4). *"Die Tageszeitung", 19, marzo, 1985.*



NUEVAS TECNOLOGIAS EN LA INDUSTRIA: ¿HACIA EL FIN DEL TAYLORISMO?

Maurice Dubois

Entramos en la 3ª revolución tecnológica. Tras el vapor y la electricidad, ahora la electrónica y sus aplicaciones están reestructurando el sistema productivo en los países capitalistas avanzados. Este es un fenómeno desigual, lento, que avanza a tientas, a ritmos muy diversos según las empresas, los sectores, los países; pero constituye una realidad innegable. Comenzada en los años 50 y 60 en los sectores punta, esencialmente aeronáutica y nuclear, la fase actual de la automatización, basada en las máquinas herramientas de mando numérico y los robots electrónicos en el sector industrial, y en la burótica, en el sector servicios, penetra en todos los sectores.

Entre los muchos debates suscitados por esta tercera revolución tecnológica vamos a centrarnos en uno, que podemos formular así: Puesto que la parcelización extrema y la descualificación de las tareas heredadas del taylorismo parecen un obstáculo a la introducción y a la utilización óptima de las "nuevas tecnologías", ¿qué **nuevas relaciones de producción** van a establecerse entre patronos y asalariados, y en el propio interior de la clase obrera?.

El pronóstico de la descualificación obrera

La mayor parte de los sociólogos del trabajo de inspiración más o menos directamente marxista, G. Friedman y P. Naville en los años 50, A. Touraine y S. Mallet en los años 60, señalaban que el progreso técnico en régimen capitalista tiende a hacer desaparecer los oficios obreros tradicionales, basados en una capacidad profesional muy acentuada y en un grado elevado de control de los procesos concretos del trabajo, suscitando en su lugar una doble tendencia: por una parte, la "degradación de la habilidad profesional"(1) y el aumento del número de obreros sin cualificación; por otra parte, la aparición de "nuevos oficios cualificados" (construcción de máquinas, agentes de mantenimiento, técnicos...). Para algunos, como S.Mallet, esta "nueva clase obrera" (1963) ocupaba "la vanguardia del movimiento revolucionario y socialista", por su tendencia natural a subvertir las relaciones sociales, oponiendo su competencia profesional y su cualificación al arbitrario dominio del capital.

Al comienzo de los años 70 se desarrolló ampliamente una tesis que prolonga y contradice los trabajos anteriores: según Braverman(2), el progreso técnico impulsado por los capitalistas apunta conscientemente a eliminar lo más posible la intervención de los trabajadores en la producción, y a descualificar al máximo el trabajo no inmediatamente eliminable.

El objetivo patronal es permanentemente liberarse de los factores aleatorios que le impone su mano de obra (absentismo, conflictos sociales, mala calidad, resistencia a la intensificación del trabajo), y parcelizar las tareas a fin de ejercer un control absoluto sobre los trabajadores. El capital aumenta sin cesar su dominación sobre la clase obrera; las competencias y los conocimientos prácticos, antes en manos de los obreros, están ahora concentrados en las manos de los ingenieros y técnicos, instrumentos objetivos y beneficiarios de absoluto poderío del capital. Estamos pues ante un "proceso de sobrecualificación-descualificación de la fuerza de trabajo"(3), que establece una polarización contínuamente creciente entre una minoría cada vez más cualificada y una mayoría de peones intercambiables. Mientras el programa tecnológico era presentado antes como liberador, o al menos como motivo de luchas y portadora de potencialidades progresistas, esta nueva tesis, sin duda influenciada por la revolución cultural china y por las corrientes freudo-

NOTAS:

(1). G. Friedman, Oú va le travail humain *1950.*

(2). Travail et capitalisme des monopoles; la *degradation du travail au XX siecle, 1974.*

(3). M. Freyssinet, 1974.

marxistas y ecologistas, le designa como instrumento privilegiado de la profundización de la opresión capitalista.

Un primer límite importante de esta tesis, es que da demasiado valor a las pretensiones taylorianas de imponer el "one best way", el "único método adecuado" de realizar una operación de producción. En la realidad, incluso los obreros más "descualificados" no son autómatas que cumplen mecánicamente gestos puramente rutinarios e impuestos por el departamento de métodos: sin una cierta iniciativa, sin una dosis de creatividad y de invención por parte de los trabajadores, ninguna cadena funcionaría correctamente. El principio mismo de la huelga de celo, aplicación estricta y exclusiva de los "métodos" que conduce al bloqueo de la producción, da fe de este mantenimiento imprescindible de las "cualificaciones tácitas" de los obreros. R. Linhart, en su notable libro *"l'Etabli"* describe muy bien cómo es indispensable un movimiento muy especial de la mano para montar el asiento de un Citröen "dos caballos".

Pero sobre todo, hoy debe ser más matizado **el pronóstico sobre el futuro de la clase obrera.** Ciertamente, el análisis y la crítica del progreso capitalista constituyen ideas importantes, que hay que defender contra la ola seudomodernista. Y, lo que es aún más importante, la idea de que un sistema técnico no es independiente de las relaciones de producción en el seno de las empresas, ni de las relaciones de poder en la sociedad es una idea básica esencial(4) para el pensamiento marxista: como escribía A. Gorz, «*la voluntad de dominio está profundamente inscrita en la naturaleza de las máquinas, en la organización de la producción y en la división del trabajo que éste materializa*»(5).

Sin embargo, si en los años 50 y 60 podía caracterizarse correctamente la evolución del trabajo asalariado, la situación no es la misma desde que el estallido de la crisis y la entrada a marchas forzadas en la tercera revolución tecnológica han reformulado los datos del problema.

Los adversarios de la teoría de la descualificación plantean a menudo el siguiente argumento: ¿cómo conciliar esta tesis con la evidencia del peso contínuamente creciente de los obreros cualificados y técnicos en el seno de la clase obrera?.

La respuesta de los partidarios de la descualificación parece pertinente: en muchos casos, el paso de un obrero de la categoría "no especializado" a la de "especializado" expresa un aumento de salario pero no una modificación de su trabajo ni de su cualificación. Así, el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos francés (INSEF) afirma que si «*la parte de los obreros cualificados en el conjunto de los obreros, e incluso en el conjunto de los activos, ha continuado creciendo estos últimos años, esto no significa forzosamente que la naturaleza de los puestos de trabajo haya evolucionado hacia una mayor cualificación*», sino sólo que ha habido deslizamientos hacia arriba en el abanico de los asalariados.

Este argumento es sólido, pero parece insuficiente para explicar la inversión de tendencia observada a partir de 975: ¿por qué estos deslizamientos de categorías habrían sido brutalmente acelerados tras la entrada en la crisis, cuando precisamente las políticas salariales de los patronos tendían a endurecerse?.

Evidentemente hay que buscar otras explicaciones. Por ejemplo, las industrias más duramente golpeadas por la crisis (textil, confección, construcción...) emplean tradicionalmente una mano de obra poco cualificada. La hemorragia de empleos en estos sectores produce pues automáticamente un descenso de la proporción de los obreros no cualificados en el conjunto de la población activa. Y este descenso es aún más pronunciado porque los sectores más dinámicos, como el petróleo, la aeronáutica o la química, crean casi únicamente empleos obreros muy cualificados, aumentando así el peso de éstos en el conjunto de la clase obrera.

Pero además de estos efectos debidos a la modificación de las estructuras sectoriales de la industria, otros factores han jugado en el mismo sentido en el interior mismo de las empresas. Aquí llegamos al corazón del problema: las políticas patronales en materia de cualificación y de gestión de la mano de obra han conocido durante los años 70 muchas inflexiones importantes, que hoy producen plenamente sus efectos.

La primera ola anti-tayloriana

Al comienzo de los años 70 se produce en los medios de la gran patronal la eclosión de una moda "antitayloriana" que intenta superar el callejón sin salida en que la aplicación a rajatabla de los principios de Taylor había precipitado a la organización del trabajo.

«*Reaccionando contra la vagancia de los obreros, ligada a la improvisación de una organización empírica de la producción, el taylorismo tenía por objetivo reintroducir una racionalidad en el trabajo, definiendo métodos científicos capaces de multiplicar la productividad (...): separar la concepción del trabajo de su ejecu-*

(4). *Cfr. R. Linhart,* Lenine, les paysans, Taylor, *1977.*

(5). *A. Gorz,* Critique de la división du travail.

(6). *C. Durand. "Les politiques patronales d'enrichissement des tâches",* Sociologie du travail, *octubre 1974.*

(7). *J. Ruffier, "Industrialiser sans tayloriser",* Sociologie du travail, *octubre 1974.*

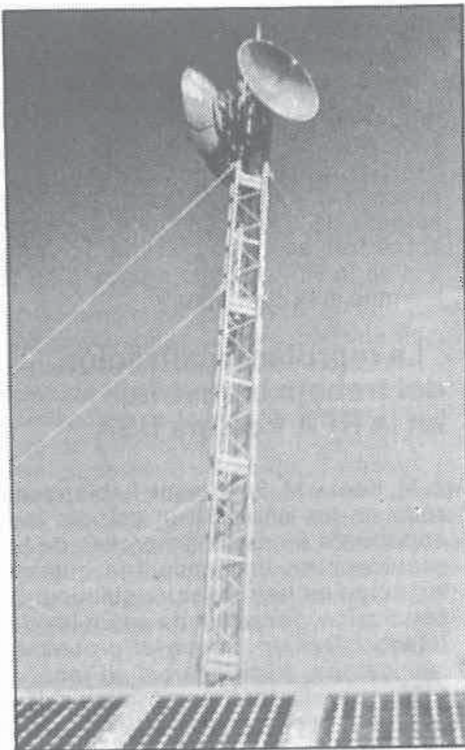
(8). *Cfr. M. Maurice, S. Sellier, J.J. Silvestre,* Politique déducation et organisation industrielle en France et en Allemagne, *PUF, Paris, 1982.*

(9). *B. Coriat y P. Zarifian, "Filieres d' emploi et recomposition des categories de main-d'oeuvre",* Travail, *junio 1985.*

ción, (...), subdividir el trabajo en operaciones cortas y elementales, estrictamente definidas y standarizadas, pagadas en función del rendimiento o ejecutadas según ritmos impuestos». «Este trabajo desprovisto de inteligencia, de responsabilidad y de creatividad, fuente de insatisfacción y de degradación de la personalidad, acaba produciendo una tasa considerable de absentismo obrero, un volúmen elevado de derroche y de defectos de fabricación, un desarrollo del sabotaje. Las contradicciones del trabajo parcelado se acentúan con la elevación del nivel de instrucción de los trabajadores»(6). Esta larga cita indica claramente donde están los problemas de la crisis del taylorismo: para la patronal de los grandes centros vitales de la industria, se trataba de flanquear las resistencias obreras al taylorismo, debilitando o liquidando a la vez los "contrapoderes" que, de hecho, habían impuesto los obreros. Los lugares de experimentación (Volvo, Fiat, Ford; en Francia: Renault, la siderurgia...) «*se caracterizaban claramente por una buena salud económica y por plantillas que habían logrado establecer un "contrapoder" por medio de organizaciones sindicales combativas y/o conflictos importantes sobre el contenido del trabajo»(7).*

Se experimentaron varios métodos, que sin embargo no afectaban al marco técnico preexistente (máquinas, cadenas de montaje, cintas transportadoras...): desarrollo de la polivalencia (con rotación de los obreros por los diversos puestos de la cadena); ampliación de las tareas, alargando el ciclo de producción (reagrupando varias operaciones parciales); enriquecimiento de las tareas (confiando al operador algunas de las competencias de puesta a punto o de control); grupos semiautónomos (en cuyo seno los obreros disponen de márgenes de autonomía para organizar el trabajo y cumplir un objetivo de producción fijado por la dirección). En la mayor parte de los casos, los progresos de productividad registrados como consecuencia de estas innovaciones fueron considerados espectaculares pero tuvieron en general un carácter efímero.(8)

El carácter efímero de estas experiencias proviene sobre todo del giro en la situación económica a mediados de los 70. Por una parte, el aumento del paro permitía "naturalmente" acrecentar la disciplina en las fábricas, limitar el absentismo, aumentar la intensidad del trabajo; para los obreros el rechazo del taylorismo ocupaba un lugar secundario respecto a la defensa del empleo y del salario, ambos amenazados. Por otra parte, y simultáneamente, la intensificación de la competencia empujó cada vez más a las empresas a inversiones de modernización y aumento de la productividad, que han transformado, a veces profundamente, el perfil de los puestos de trabajo y las cualificaciones exigidas para ocuparlos.



...Una nueva fase de la automatización

Para describir la "nueva automatización" y sus consecuencias, nos apoyaremos aquí en el análisis de B. Coriat y P. Zarifian publicado en la revista "Trevall"(9). El contexto que favorece el auge de esta nueva fase, se caracteriza por la crisis del taylorismo evocada anteriormente y la inestabilidad de los mercados típica de la actual onda larga de tendencia depresiva. Los principios del taylorismo, basado en la «*parcelización, la especialización y la intensificación del trabajo en producciones de muy grandes series standarizadas, son sustituídos progresivamente por dos nuevos objetivos centrales: la* integración *y la* flexibilidad *de las líneas de producción».* La integración consiste sobre todo en la «*búsqueda de una mayor tasa de utilización de las máquinas*» gracias a procedimientos informatizados que intentan optimizar la circulación de las piezas entre las máquinas, y también en «*la utilización más intensiva de la fuerza viva del trabajo*», sobre todo por la movilización extrema de las facultades de atención y de concentración para prevenir los incidentes, muy costosos en estos equipos. La "flexibilidad", en el sentido técnico de la palabra, «*se apoya en que gracias a la informática y a la microelectrónica, los nuevos instrumentos de trabajo pueden memorizar conjuntos alternativos de operaciones, coordinando las herramientas en un conjunto apropiado a la naturaleza de la pieza que se va a trabajar; también pueden ser programados para tareas diferentes con un costo muy reducido*».

Esta "flexibilidad" no tiene estrictamente nada que ver con la muy famosa "flexibilidad" del empleo y de los salarios que la patronal intenta imponer hoy: por el contrario, la plena utilización de las formidables potencialidades de los "talleres flexibles" podría muy bien apoyarse en trabajadores con altos salarios y con empleo garantizado, como demuestra el ejemplo de la industria aeronáutica francesa. Querer justificar la precarización de las condiciones de vida de los asalariados en nombre de la evolución técnica es una estafa grosera, que se nos presenta embalada en un envoltorio llamado "flexibilidad".

Las mutaciones en los métodos de producción inducen mutaciones también considerables en la utilización de la fuerza de trabajo: las diversas categorías obreras no son afectadas de forma idéntica. La reducción masiva de los efectivos en la producción, incluso en condiciones de volúmen de producción creciente, afecta de lleno a los peones y sobre todo a los obreros no cualificados. Su situación es, en efecto, muy frágil: con una débil formación de base, habiendo adquirido en su trabajo una capacitación indudable, pero limitada al puesto que ocupan y muy poco transferible, tienen que competir con obreros cualificados, a menudo más jóvenes, cuya reconversión o adaptación a los nuevos equipos automatizados costará mucho menos cara a la empresa. «*Sin embargo hay que ser claros: la exclusión no viene de una incapacidad de estos obreros para reconvertirse; cada vez que se ha realizado una política seria en este sentido, ha mostrado posibilidades insospechadas»(9).*

Pero ahí está la cuestión: esta política cuesta cara y no presenta ningún interés para la patronal en un período de paro masivo. Es mucho más fácil devolver a los emigrantes a su casa y mandar al paro a los obreros autóctonos no cualificados. Hay aquí un punto fundamental para las organizaciones sindicales si quieren evitar una escisión de la clase obrera que echaría a la marginalización a su parte menos cualificada: la reivindicación de una política sistemática de formación y de cualificación, controlada por los sindicatos, cuyo objetivo sería no desactivar conflictos sociales prometiendo "reconversiones-camelo" sino

movilizar a trabajadores a los que la patronal querría abandonar en la cuneta.

En fin, parece que el desarrollo actual de la automatización modifica radicalmente el proceso de "sobrecualificación/descualificación" descrito al comienzo de los años 70: el estudio de dos sociólogos alemanes sobre tres sectores clave de la industria en la RFA(10) nos proporciona un ejemplo muy clarificador.

"La reprofesionalización del trabajo industrial" en la RFA y en los USA

M. Kern y M. Schumann habían realizado en los años 60 un estudio muy importante en nueve empresas de los sectores clave de la industria: automóvil, máquina herramienta, química. Su conclusión, desarrollada en un libro titulado *"Trabajo industrial y conciencia de los trabajadores"* (Francfort 1970) apoyaba totalmente la tesis de la descualificación obrera. Un nuevo estudio llevado a cabo en las mismas empresas, por los mismos sociólogos en 1981, mostró que se ha operado una inversión fundamental de esa tendencia a la polarización: «*hemos llegado históricamente, a un punto a partir del cual la gestión capitalista no tiene otra posibilidad para aumentar su eficiencia, que suavizar la división del trabajo*»; «*en los sectores clave de la industria alemana, se está operando una transformación radical de los métodos de producción, articulando de forma nueva el doble interés de la empresa en la eliminación del trabajo vivo y la optimización del trabajo restante*». En el automóvil, estos investigadores han observado un cambio completo de tendencia, hacia la reprofesionalización del trabajo de producción, con la creación de un "*tipo nuevo de obrero profesional*", dotado de amplios conocimientos de base sobre el funcionamiento de los equipos modernos. En la construcción de máquinas-herramientas, hablan de una *"continuación de la ampliación de los oficios de mecánico-ajustador a tareas de control del sistema: los conocimientos en ajuste y las capacidades artesanales son integradas hacia un objetivo de comprensión global y de capacidad de intervención en un sistema técnico complejo»*. En fín, en la química, señalan el mantenimiento sin problemas del perfil típico del obrero químico profesional.

Si hay ciertamente *"optimación del trabajo restante"*, contrariamente a las tendencias anteriores, se debe claramente a las nuevas tecnologías: pero también, y quizás sobre todo a la dura experiencia de la resistencia obrera a los métodos tayloristas, experiencia, que no olvidan los jefes de las empresas.

Así pues, a la tendencia a la polarización sucede una nueva tendencia: la exclusión. Porque los autores del estudio no mantienen ninguna ilusión sobre las consecuencias de la tercera revolución tecnológica: «*En lo que se refiere al paro, no podemos sino suscribir la opinión general que considera que el problema va agravándose. En efecto, conclusiones sobre los despidos ligados a los "nuevos modelos de producción" no permiten en ningún caso confiar en el viejo teorema de la compensación; la tesis optimista según la cual los efectos destructores de la racionalización serían compensados por los efectos contrarios del "progreso técnico" (creación de nuevos productos y de nuevos mercados) deben archivarse definitivamente (...). La enorme transformación de los aparatos de producción se complementa, con su destrucción masiva de las posibilidades de trabajo humano, con el escándalo social del paro*».

En la gran industria americana parece desarrollarse un fenómeno análogo desde comienzos de los años 80. En un notable artículo(11) Jack Marsh, que fue obrero de mantenimiento en el complejo siderúrgico US-Steel de Chichago, describe los efectos del declive de los centros industriales de la región de los Grandes Lagos sobre las condiciones de empleo de la clase obrera. Marsh demuestra muy bien cómo la patronal aprovechando la reestructuración de la industria siderúrgica, de los ferrocarriles, del automóvil,..., rompió el estancamiento absoluto que existía entre las tareas de las diversas categorías de obreros. Paradójicamente, esta operación de "tabla rasa" sobre las anteriores categorías rígidas (y las elevadas remuneraciones que conllevaban), provocó un avance de la polivalencia obrera; «*en los empleos de mantenimiento eléctrico, los obreros deben ser electricistas competentes, especialistas de motores, expertos en reparación de instrumentos de control, torneros, fresadores y a veces montadores*»... Un reciente dossier de *"Le Monde de l'economie"* sobre la industria automóvil en los USA confirmaba este fenómeno de gran alcance (*"Le Monde"* 4.2.86): el estallido de las bases objetivas del corporativismo obrero en los Estados Unidos tiene que acabar produciendo necesariamente efectos importantes en el movimiento sindical y obrero.

Por consiguiente, hay que evitar los pronósticos categóricos sobre el mantenimiento o la agravación de la división tayloriana del trabamo. Como vamos a ver, ningún determinismo tecnológico impone la evolución hacia

(10). *H. Kern y M. Schumann, "Vers une reprofessionnalisation du travail industriel"*, Sociologie du travail, *octubre 1984.*

(11). *Jack Marsh, "La grande mutation de l'industrie americaine"*, Critique communiste *n° 28, abril 1984.*

(12). *J.-L. Heller, "Emploi et chômage en mars 1985"*, Economic et statistiques, *n° 183, diciembre 1985.*

(13). *P. Zarifian,* Le redeploiement industriel.

(14). *C. Carouge y M. Pialoux,* Le Droit d'expression aux usines Peugeot-Sochaux.

(15). *Cfr. el número especial de* Sociologie du travail *de octubre de 1985, "Nouvelles Technologies sans l'industrie: l'enjeu des qualifications", donde se encuentran los estudios a que nos hemos referido.*

una recualificación de los empleos: todo depende de las relaciones sociales en las empresas y de las estrategias patronales de movilización de la mano de obra. Y las especificidades nacionales en este terreno, no se atenuan, sino que tienden a crecer con el tiempo.

En todo caso, es independientemente de sus efectos sobre la división del trabajo en las empresas, las nuevas tecnologías contribuyen decididamente a la formación de una capa creciente de parados. En francia, en marzo de 1985, 1.326.000 personas buscaban sin éxito, un empleo desde hacía más de un año(12); esta cifra aumenta regularmente y comprende sobre todo a obreros y obreras de edades comprendidas entre 25 y 60 años, y de débil cualificación. La tasa de paro de los obreros era en 1974 poco diferente de la de los cuadros y técnicos (2,5% y 1,5%); en 1985, 11,5% de los obreros y 20% de las obreras están en el paro, frente a solamente el 4% de los cuadros técnicos. Evidentemente no son las nuevas tecnologías, por sí solas las que han lanzado a estos trabajadores a la calle; pero han contribuido sin ninguna duda al crecimiento cuantitativo del paro y a sus modalidades actuales, principalmente la exclusión de los obreros menos cualificados. Este fenómeno, en vez de atenuarse con una eventual etapa de crecimiento económico, es probable que se profundice, porque una futura fase de expansión supondría también la generalización acelerada de las nuevas tecnologías en la industria.

Pero volvamos ahora al interior de las empresas, para examinar qué consecuencias concretas tienen las nuevas tecnologías sobre los métodos y las condiciones del trabajo obrero.

Nuevas tecnologías y condiciones de trabajo

La fase actual de la automatización permite a menudo una mejora sustancial de las condiciones de trabajo. La automatización de los talleres de pintura en la industria del automóvil elimina una tarea particularmente penosa e insalubre; en muchos otros casos, la robótica permite disminuir los efectos nocivos del ruido, el calor, la suciedad y elimina los esfuerzos físicos penosos.

Pero todas las observaciones coinciden en afirmar que se desarrolla otro tipo de presiones a veces tan penosas como las anteriores: las presiones mentales.

La sujeción del operador al ritmo de su máquina herramienta de mando numérico es total: el programa introducido en la máquina es el que determina la velocidad y el orden de las maniobras, sin tiempos muertos. Igualmente debe ser permanente la atención desde el comienzo de la secuencia de trabajo hasta el final, de forma que se pueda evitar cualquier incidente o evitar que éste degenere. Como explica P. Zarifian(13), *«el trabajo se concentra, y de un modo contínuo, en el acto que condensa en general el máximo de atención por parte del trabajador»*.

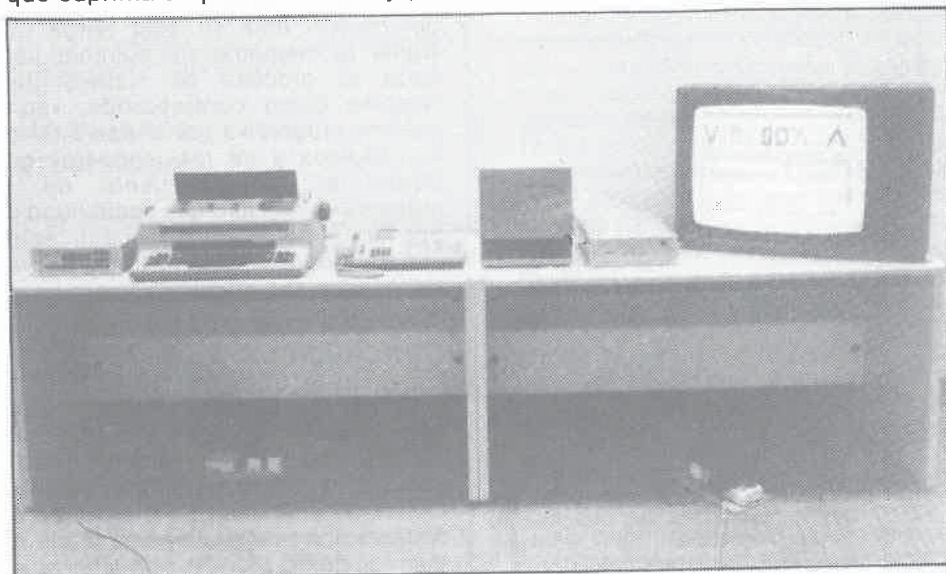
Estas tensiones mentales son tanto más fuertes en la medida en que para los capitalistas el principal interés de estas inversiones, reside en la eliminación de los tiempos muertos y en la optimización de la circulación de los flujos de productos y de materias entre los puestos de trabajo. También intentan particularmente evitar perder por un lado, por averías sistemáticas, lo que ganan por el otro. De ahí una presión constante, incentivada con primas diversas, hacia los trabajadores que mueven estos ingenios.

Por otra parte, el elevado coste de los equipos incita a los patronos a buscar a cualquier precio una ampliación de la duración de su utilización; esta es la causa del retorno a primer plano del trabajo en equipo y el desarrollo del trabajo de fin de semana. La lógica capitalista intenta adaptar a los hombres al ritmo que soportan los robots, en lugar de utilizar a los robots para liberar a los hombres.

Nuevas tecnologías; división del trabajo; poder obrero

La tesis de la desposesión del saber obrero gracias al progreso técnico debe ser, como hemos visto, seriamente matizada. Parece bastante correcta en lo que se refiere a los obreros no cualificados: antes de comprometerse en una considerable inversión que suprima un puesto de trabajo, las direcciones de las empresas deben analizar y comprender con detalle los procedimientos concretos, gracias a los cuales los obreros, ejecutan las tareas asignadas. Así la dirección de Peugeot-Sochaux, antes de lanzar un amplio programa de automatización de un taller, recogió sistemáticamente gracias a los "círculos de calidad", los "trucos" de los obreros no cualificados, según informa un delegado de la CGT en el último número de la revista "Critiques de l'economie Politique"(14). Pero esta desposesión no es sino un paso previo a la exclusión de la producción.

Varios estudios recientes sobre la implantación de las nuevas tecnologías en talleres de la industria automóvil o en las PYME(15) permiten evaluar sus consecuencias sobre las cualificaciones de los puestos de trabajo y el mantenimiento o no del "poder obrero" en los procesos de trabajo. Según M. Freyssenet, el mantenimiento de la antigua división del trabajo en las unidades automatizadas de la industria automóvil (obreros no cualificados, cualificados, agentes de mantenimiento, encargados) provoca vivas tensiones que conducen a una descualificación de hecho de los puestos de obreros cualificados y a una puesta en cuestión del status de los agentes de mantenimiento, en beneficio de los encargados: esta es la razón de los débiles logros conseguidos en materia de productividad. También las soluciones más eficaces para la empresa pasan por una cierta recualificación de los operadores, sobre todo por la creación de equipos mixtos (obreros cualificados de fabricación, agentes de mantenimiento) que requieren una mayor polivalencia. Pero paralelamente se inicia *"la división, la especialización, el control y la "materialización" del trabajo de mantenimiento, convertido con este tipo de automatización el componente funda-*





"Usted tendría que adaptarse a la multidimensionalidad y a la apropiación de las tecnologías transversales".

mental de la producción". En cualquier caso no hay ninguna fatalidad en el aumento de la división del trabajo entre operadores y agentes de mantenimiento, entre obreros y técnicos, entre agentes de producción e ingenieros encargados de la programación.

Esto es lo que confirma el estudio de W. Cavestro sobre «*La automatización, la organización del trabajo y la cualificación en las PYME: los casos de las máquinas herramienta de mando numérico*». En la mayoría de las 32 PYME estudiadas por el autor, sobre todo en las más grandes (50 a 500 asalariados), la programación de las máquinas (MOCN) es exclusiva del servicio de métodos, no haciendo los obreros más que aplicar y vigilar. «*Sólo algunas pequeñas empresas de la mecánica de precisión y de la herramienta integran la función de programación-preparación en el taller: la programación es entonces generalmente competencia de un antiguo trabajador de mantenimiento, en colaboración estrecha con el operador*».

Sin embargo esto no significa forzosamente que una vez puesta en la memoria del programa la capacidad del obrero, éste ya sólo tenga que vigilar la máquina, sin dominar para nada el proceso de trabajo: hay también como contrapartida, «*apropiación progresiva por el operador de los códigos y de los lenguajes que dirijen el funcionamiento de la máquina*» y con ello una posibilidad de apertura hacia una cualificación superior, poniendo en cuestión el principio tayloriano inicial.

Conclusión

Este breve panorama de algunas investigaciones recientes sobre la evolución de las cualificaciones obreras, invita a desconfiar de las generalizaciones apresuradas. Es cierto que se observa una tendencia general a la reducción de los efectivos de obreros no cualificados, particularmente rápida desde 1974-75, que ha conducido a la exclusión de la producción de una parte no despreciable de la clase obrera. Esta es sin duda la principal amenaza que pesa sobre el mantenimiento de una unidad de intereses objetiva de las diversas categorías obreras y que justifica que el movimiento obrero ponga en el centro de sus preocupaciones la lucha contra el paro y por una verdadera política de cualificación de los trabajadores amenazados por la exclusión.

Más allá de esta constatación, hay que tener presente que ningún determinismo tecnológico impone la evolución hacia una agravación de la división del trabajo y una confiscación de las capacidades del control de los trabajadores de la producción por los ingenieros y los técnicos: este es precisamente uno de los desafíos importante de las reestructuraciones actuales. En vez de valorar la dimensión colectiva de la cualificación, que las nuevas tecnologías tienden a reforzar, las direcciones de empresa intentan dinamizar la capacidad y la iniciativa de los asalariados por medio de políticas de individualización de las remuneraciones, estimulando la competencia entre los obreros. Más allá del discurso modernista o "japonizado" de los ideólogos patronales, la práctica no parece orientarse hacia proyectos de integración real de la parte superior de la clase obrera a una civilización técnica de consenso social. Del mismo modo, tampoco las nuevas tecnologías parecen amenazar a la clase obrera con una pérdida de su parte de autonomía y de control sobre las condiciones concretas de la producción.

El escenario futuro considerado favorablemente por R. Boyer bajo el nombre de "especialización flexible"(16), parece pues muy poco probable, al menos en Francia: «*La generalización de equipos flexibles y la búsqueda de la polivalencia y de la ampliación de las responsabilidades de los trabajadores llevaría en germen una relación salarial en ruptura total con el fordismo, y que se podría calificar de "proudhoniana"*».

La fase actual de la automatización está dando nacimiento, bajo el impulso implacable de los imperativos de rentabilidad y competitividad, a una sociedad dislocada, en la que franjas masivas de la población están condenadas a sobrevivir de la caridad. En vez de disminuir el esfuerzo de los hombres y eliminar la estirilizante división tayloriana del trabajo, ¿acaso el progreso tecnológico va a aumentar un poco más la servidumbre del hombre hacia la máquina, y la lógica esquizofrénica de un sistema económico cada vez más caótico?. □

(16). R. Boyer, Flexibilités des marchés du travail et/ou recherche d'un nouveau rapport salarial, *CEPREMAP, 1985.*

NOTAS:

(1). Son las modernizaciones planteadas por Liu Shaoqi en el VIII Congreso del PCCh en 1956 en los terrenos económico, científico, técnico y militar. El antiguo jefe del gobierno Zhou Enlai hizo suya la fórmula, que ha sido posteriormente recuperada y aplicada por Deng.

(2). En 1961, en el XXII Congreso del PCUS, Nikita Kruschev, que era el primer secretario del partido, prometió que la URSS habría alcanzado y superado en 1980 la producción y la renta por habitante de los EEUU.

(3). Según fuentes oficiales chinas, el número de habitantes de las zonas rurales que vivían por debajo del nivel de subsistencia era de 100 millones en 1978 y 60 millones en 1985 (Y. Chevrier. "La societé chinoise aprés Mao". Paris, Fayard, 1986, p.310).

(4). La tasa de analfabetismo en la India es superior en un 50% a la de China. El consumo diario de calorías por habitante y la esperanza de vida son allí inferiores en un 25% a 30% al nivel de China.

(5). "El actual movimiento de descolectivización (nota: es decir, de abolición de las comunas rurales) *ha situado en primer plano al campesino racional, amante del riesgo, millares de "hogares especializados", particularmente dinámicos, se han lanzado a actividades particulares de especulación, sin miedo a enriquecerse "antes de los otros" (...) Aunque su emergencia continúe haciendo reaparecer los riesgos de polarización, no se puede negar a estos agricultores emprendedores su papel predominante en el despeque económico que ahora se está iniciando en los campos" (C. Aubert, pp. cit., p.40).*

(6). (nota de la redacción: *En un artículo de Ernest Mandel publicado en el nº 218 de la edición internacional de Inprecor, se informaba de que un militante del PCCh, Li Xiangron, había escrito por encargo de un organismo oficial una obra titulada "Biografía crítica de Trosky", de la cual se conoce una nota crítica de un importante miembro del PCCh, Zhu Tingguan, publicada en la revista "Shijie Lishi" (Historia Mundial). En esta nota se realiza una rehabilitación completa de Trosky en el terreno "penal", respecto a los "crímenes" que se le han atribuido, así como una rehabilitación política parcial).*

(7). Ha aparecido entre los estudiantes un grupo llamado "izquierda marxista" que critica la invasión de bienes de consumo de origen japonés y protestan contra la creciente desigualdad. El texto de oposición

LAS REFORMAS DE DENG XIAOPING Y SUS CONTRADICCIONES

Ernest Mandel

En la historia de la República Popular China aparecen puntualmente movimientos democráticos, en conflicto mas o menos abierto con la burocracia. Con frecuencia, y este es un rasgo original del proceso chino, estos movimientos se han iniciado por iniciativa de una fracción del PCCh o en apoyo de un sector del partido contra otro.

Desde el 9 de diciembre de 1986 han vuelto a oirse consignas democráticas en las calles de las grandes ciudades chinas. Mas de 150 universidades han sido afectadas por las movilizaciones, que en algún caso, por ejemplo Shangai, han contado con una participación significativa de trabajadores.

Las primeras reacciones oficiales fueron moderadas. Pero la extensión y la firmeza reivindicativa democrática del movimiento cambió el tono rápidamente. Desde primeros de enero los discursos oficiales se centraron en la denuncia del "liberalismo burgués". En una segunda etapa, ha comenzado una purga, cuyo alcance no puede aún determinarse.

Para comprender este complejo proceso político es importante conocer cuál es la situación concreta en la República Popular China y, particularmente, cuál es el balance de los siete años de reforma económica, impulsada por el equipo de Deng Xiaoping. Este es el tema del artículo de Ernest Mandel que publicamos a continuación.

Desde hace siete años, la República Popular China está comprometida en un movimiento de reformas estructurales de gran amplitud. No se trata simplemente de la continuación corregida del curso maoísta, ni tampoco de un retorno al capitalismo, digan lo que digan los críticos "izquierdistas" o los comentadores burgueses demasiado optimistas respecto a su clase. Se trata en realidad de una experiencia de "Nueva Política Económica" (NEP), análoga pero más profunda y de más larga duración que la que conoció la URSS entre 1921 y 1928.

Un balance provisional

El balance provisional de esta experiencia nos permite señalar tanto sus logros como las contradicciones que acumula con creciente rapidez. En lo que se refiere a los logros, se han producido esencialmente en dos terrenos: por una parte, el aumento de la producción y la aceleración del crecimiento económico general; por otra parte, la elevación del nivel de vida y cultural tanto de la población rural, como de la urbana. En estos dos terrenos, los resultados conseguidos son verdaderamente espectaculares. Proporcionalmente, y teniendo en cuenta el mucho más bajo nivel de partida, estos resultados superan ampliamente los de la URSS bajo la NEP, o incluso durante el período que comprende la NEP y el primer plan quinquenal, es decir, desde 1921 a 1932.

La producción industrial ha crecido más del 200%, sobre todo gracias al desarrollo de pequeñas y medianas industrias en el medio rural. La industria estatal ha aumentado su producción aproximadamente el 90% y el sector privado ha tenido también una expansión considerable. La producción agrícola se ha duplicado desde 1978. Trescientos mil campesinos son actualmente propietarios de tractores. Once millones de patronos privados emplean a 15 millones de asalariados, que representan sólo el 4,5% de la mano de obra total, sin contar a la agricultura. El sector cooperativo, sobre todo rural, emplea cien millones de personas. Pero en total, las 85.000 empresas estatales producen más del 80% de la producción industrial y más de la mitad de la renta nacional, proporciones que son mucho más elevadas que las de la URSS bajo la NEP.

El aumento del nivel de vida ha sido también impresionante. En lo que concierne a la renta de los campesinos,

NOTAS:

de izquierdas más notable que ha aparecido hasta ahora en China es "De la revolución proletaria-democrática", escrito por Chen Erjin, verdadero manifiesto en favor de una revolución política antiburocrática, redactado la víspera de la muerte de Mao y publicado en inglés por New Left Books/Verso Books (Londres, 1984), dentro del libro "China: Crossroads Socialism".

(8). Esta afirmación podría considerarse contradictoria con la hipótesis básica de nuestro análisis, es decir, que no hay tendencia a la restauración del capitalismo en China. En realidad, hay una enorme distancia —que cubre dos mil años de historia de Occidente y de China— entre el comienzo de la acumulación primitiva de capital y el triunfo del modo de producción capitalista como modo de producción hegemónico. Lenin ha señalado innumerables veces que la pequeña producción mercantil (la producción y la propiedad privada campesina y artesanal) produce inevitablemente una tendencia a la acumulación primitiva de capital. Pero para que éste se transforme en modo de producción hegemónico, es necesario que el capital acapare la mayor parte de los medios de producción y transforme una parte considerable de los productores en mano de obra asalariada, separada de sus instrumentos de trabajo y del acceso a la tierra, y obligada a vender su fuerza de trabajo a los propietarios privados de capital. Este proceso no está hoy a la orden del día en China.

(9). En un notable estudio contenido dentro de la obra colectiva citada anteriormente, Roland Lew afirma que entre esos 120 millones de obreros hay 45 millones de trabajadores industriales, 7 millones en los transportes y la telecomunicación y de 8 a 9 millones en la construcción. Además hay que distinguir entre los obreros que tienen empleo permanente garantizado, que están sobre todo en el sector estatal, y los trabajadores con contratos temporales (que comprenden unos 20 millones en la pequeña industria rural; unos diez millones de campesinos "alquilados" por las comunas populares a la industria urbana y una quincena de millones de obreros urbanos, sobre todo en el sector cooperativo o semicolectivo). Los salarios entre estas diversas categorías varían de uno a tres (el nivel más alto lo tienen los trabajadores estables de la construcción, que ganan 1.000 dólares anuales). Además, los trabajadores con contrato temporal no tienen seguridad social (op.cit.pp.65-66). Sobre la clase obrera china puede consultarse también el artículo de Roland Lew, "Los efectos sociales de la reforma económica", en la edición francesa de Inprecor, nº 206, del 4 de noviembre de 1985.

(10). Según Roland Lew (op.cit.p.70) en 1983 sólo el 3,34% de los 41 millones de militantes del PCCh tenían menos de 25 años, frente al 27% que este sector representaba en 1950.

(11). El artículo citado en la nota (6) se ocupa también de la reevaluación de los grandes pensadores marxistas que está produciéndose actualmente en China.

puede evaluarse en más del 50%. Las estadísticas sobre la esperanza de vida media son un buen resúmen de la situación: 65 años para los hombres y 68 para las mujeres, cifras comparables a las de la URSS, y superiores a las de Rumania y Turquía.

Para hacerse una idea de los cambios que se han producido, basta con ver en películas o en reportajes de la TV las imágenes de las grandes ciudades —ante todo, pero no solamente, Pekín, Shangai, Tientsin, Wuhan, Shenyang (Mukden), Harbin, Canton, Chongquin— con decenas de millones de bicicletas que reemplazan a millones de "rickshaw", los carros tradicionales que utilizaban a hombres como bestias de arrastre. Las ciudades aparecen llenas de niños bien alimentados que sustituyen a las viejas imágenes de masas de hambrientos y de mendigos; las mujeres no tienen los pies deformados por el esfuerzo cotidiano, ni son ya siervas del patriarca y se su suegra, como ocurría antes. Datos como estos permiten comprender el progreso que se ha producido, que es el producto tardío, pero real, de la revolución socialista que venció en 1949. Nunca lo repetiremos bastante frente a los miopes y los escépticos, incluyendo a los que forman parte del PCCh, y frente a sus aduladores en Occidente.

¿Podrán continuar las "cuatro modernizaciones"(1) con el ritmo medio de estos siete últimos años?. Así lo espera el equipo de Den Xiaoping, que promete que la renta por habitante habrá alcanzado los 1.000 dólares (es decir, el nivel actual de Turquía y el doble del de Egipto) antes del año 2.000. Para los años 2.010-2.015, alcanzará los 2.000 dólares (es decir, el nivel actual de México y Portugal). China habrá alcanzado entonces el nivel de un país semi-industrializado.

Pero como muestra el precedente del XXII Congreso del PCUS(2), este tipo de promesas son peligrosas. Las presiones exteriores y las contradicciones sociales internas pueden llegar a frenar el crecimiento antes de que este objetivo sea alcanzado. Sin embargo sobre la base de los datos actuales, estos proyectos no están tan faltos de realismo como los que formuló Kruschev hace 25 años. Incluso si no se llegaran a alcanzar los objetivos previstos, la distancia entre la realidad y las promesas no sería catastrófica.

Se han logrado también progresos espectaculares en cuanto a la elevación del nivel de formación, de cualificación y de cultura. China se ha abierto a la cultura universal —que los maoístas habían calificado de un modo estúpido como "burguesa"— a una escala que no tiene comparación con lo que se había producido antes de 1949 o lo que se produjo en la India desde la independencia. Por supuesto, en lo que respecta a las capas más privilegiadas y especializadas, India está más avanzada. Pero a escala de las masas populares, o al menos de su mayoría (porque sigue habiendo regiones rurales, o incluso provincias, muy pobres y atrasadas)(3), el avance de China en materia de alfabetización, de tirada de libros y revistas, del número de nuevos títulos publicados anualmente, de las camas de hospital, del acceso a la enseñanza técnica y del número de escolares que terminan la enseñanza secundaria,..., no tiene punto de comparación con la de los países capitalistas del "tercer mundo"(4) que han tenido un nivel de partida similar al de China en 1937 ó 1949.

Pero el panorama no carece, ni mucho menos, de sombras. La línea de Den Xiaoping provoca cada vez más contradicciones sociales, económicas y políticas. Estas contradicciones son semejantes, en sus grandes líneas a las de la NEP entre 1921 y 1928, lo que constituye una confirmación de la lucidez de la Oposición de izquierda de la época y de la validez histórica de sus análisis, sus críticas y sus propuestas constructivas concretas.

Las contradicciones económicas de la NEP

En el terreno económico, lo que llama más la atención es la diferencia entre el progreso casi contínuo del medio rural —al menos en cuanto a la producción y la renta por habitante— y los progresos mucho más espasmódicos en la industria y el medio urbano, que sufre presiones inflacionistas y una incidencia del paro que enturbian periódicamente el balance de la NEP.

Las razones de esta discordancia son múltiples, pero no creemos equivocarnos afirmando que una de las causas principales reside en que la iniciativa y el interés por la producción de los campesinos han sido ampliamente liberados, y el campesinado chino es uno de los más cualificados del mundo en la agricultura intensiva, pese a la modestia del utillaje que posee. Por el contrario, la iniciativa y el interés por la producción de los obreros siguen fundamentalmente bloqueados, en la medida que la industria sigue siendo gestionada por la burocracia y no existe, en ningún sentido, autogestión obrera.

Pero en el terreno de la producción agrícola y la sociedad rural destacan dos contradicciones. La impetuosa expansión de la producción mercantil ha provocado un proceso de sustitución de los cultivos de cereales por productos cuya comercialización

proporciona mayores ganancias; esta tendencia es peligrosa en un país tan poblado como China, mientras no se consiga un rendimiento de los cultivos de cereales superior al actual, lo que exige unas inversiones que por el momento no se han realizado. Además, el crecimiento demográfico, aunque haya sido frenado por una brutal limitación de los nacimientos (a partir del tercer hijo, hay que pagar "subsidios familiares negativos"), y el aumento de la productividad incrementan el exceso de población en el campo, sin que la expansión de la industria rural suponga una salida suficiente. Este último problema puede llegar a ser explosivo a largo, o incluso a medio plazo.

En lo que se refiere a la industria y la economía nacional considerada en su conjunto, surgen desequilibrios crecientes que se dan a la vez entre el volúmen de las inversiones y el de la producción final, entre las importaciones (sobre todo de tecnologías modernas) y las exportaciones, entre la renta monetaria de la población y la producción de bienes de consumo, entre el crecimiento de la producción y el de la productividad. Se mantiene además una distancia importante entre la renta media de los campesinos y la de los obreros.

Estos desequilibrios provocan periódicas presiones inflacionistas, déficits de la balanza de pagos (y caída de las reservas de cambio) y paro en las ciudades. Hasta ahora, las reformas de Deng no han conseguido remediar estos problemas y esto ha provocado "rectificaciones" sucesivas: freno brutal de las inversiones y las importaciones, y disminución neta del crecimiento de las rentas urbanas, siguen cada 2 ó 3 años a fases de verdadero "recalentamiento" del crecimiento. En la actualidad se está produciendo una rápida caída de la tasa de crecimiento en la industria.

Las contradicciones sociales y políticas

Las contradicciones económicas de la NEP china conducen inevitablemente a contradicciones sociales y políticas. La desigualdad social se acentúa fuertemente en el campo y también en las ciudades. En el campo, la consigna central era y sigue siendo "¡enriqueceos!"(5). No es casual que la fracción de Deng haya rehabilitado a Bujarin de un modo total, e incluso entusiasta, mientras la rehabilitación de Trosky se mantiene a un nivel puramente "penal" y no político (o al menos muy parcialmente político)(6).

Esta dinámica produce el nacimiento de una capa de campesinos mucho más ricos y emprendedores que la kulaks de la URSS bajo la NEP, desarrollándose una tendencia muy clara al nacimiento de empresas capitalistas (es decir, que explotan mano de obra asalariada), aunque todavía a una escala muy reducida para el conjunto de China. Junto a esto, sobrevive la pobreza, aunque ciertamente localizada sobre todo en las regiones subdesarrolladas (pero presente también en las provincias agrícolas ricas y en las ciudades)(7). Esta es la razón del desarrollo de lo que los ideólogos de la fracción Deng llaman púdicamente "la envidia y los celos" de los pobres respecto a los ricos. Los marxistas llamamos a este fenómeno, más crudamente, el antagonismo de clase entre ricos y pobres. Es difícil evitar que este antagonismo lleve a formas más amplias de luchas de clases.

En el medio urbano, con la desigualdad social se extienden las relaciones mercantiles y las tendencias al enriquecimiento privado a cualquier precio, es decir, a la especulación, la corrupción y el mercado negro, sobre todo en las zonas próximas a Hong Kong y en las zonas económicas especiales (ZES), abiertas a la inversión extranjera (de empresas mixtas). Ciertamente el impacto de estas inversiones sigue siendo mínimo, inferior incluso a lo que los mismos dirigentes chinos habían previsto y deseado. Pero la modificación de los comportamientos y las motivaciones en el seno de la burocracia y entre los comerciantes y especuladores (los equivalentes chinos de los "neomen" soviéticos de los años 20) es muy clara.



Por el momento, la respuesta del régimen es esencialmente represiva: condenas a muerte y ejecuciones públicas para atemorizar al "enemigo infiltrado". No hay que decir que estas respuestas son poco eficaces, dado el clima moral (¿no sería mejor decir "inmoral"?) creado por el "enriqueceos".

El contrapeso más eficaz a esta presión de la acumulación primitiva privada de capital(8) sería evidentemente la movilización y la actividad consciente de la clase obrera, que cuenta ya con 120 millones de asalariados(9). Pero para que esta actividad se desarrolle hace falta que los trabajadores adquieran, además de rentas reales crecientes, derechos y poderes crecientes. Pero a pesar de algunos tímidos pasos hacia la elección de los directores de las empresas por "congresos obreros", el curso fundamental de la fracción Deng tiene más bien una lógica opuesta. Da la impresión de que la garantía de empleo (el famoso "cuenco de arroz de hierro") está puesto en cuestión. Aunque las experiencias en este aspecto sean por el momento muy limitadas —como la quiebra de una empresa, la Explosión-Proof Equipment Factory de Shenyang, en 1986 (no olvidemos que el 40% de las empresas del Estado trabajan a pérdidas)— provocan inevitablemente la inquietud entre los obreros y agravan la impresión de que el curso actual modifica las relaciones de fuerzas sociales en contra de la clase obrera. El paro masivo en las ciudades, sobre todo entre los jóvenes, opera en el mismo sentido. El esfuerzo del régimen por reabsorberlo desarrollando un amplio sector de servicios en régimen cooperativo, semi-privado y privado ha mejorado sensiblemente las condiciones de vida de la población urbana. Pero a la vez acentúa la desigualdad social y la tendencia a la división y al malestar dentro de la clase obrera.

Estas contradicciones sociales tienen consecuencias ideológicas y políticas. Un escepticismo generalizado se extiende en la juventud(10), entre los trabajadores y en los cuadros inferiores y medios del PCCh. Estos no saben ya, literalmente, a qué santo encomendarse. La desmaoización sigue su curso. Aunque se hayan evitado los excesos de las "purgas ideológicas" stalinistas. Mao no tiene ya el status de semi-Dios que mantuvo hasta finales de los años 70. Stalin ha sido definitivamente echado abajo.

Lenin ha perdido buena parte de su prestigio. Incluso el de Marx ha sido seriamente mermado(11). La fracción de Deng está buscando laboriosamente una nueva identidad ideológica y teórica, fabricada con una penosa y poco convincente amalgama de las

ideas de Lenin, Bujarin, teóricos yugoeslavos y de la RDA, restos del maoísmo, o incluso elementos tomados del troskismo, el anarco-sindicalismo o el sindicalismo moderado; se encuentran hasta influencias socialdemócratas de izquierdas, sobre todo del laborismo británico y el austromarxismo. Todo esto es incapaz de entusiasmar a la juventud. Su única cualidad positiva es estimular el pensamiento crítico y permitir pasos hacia una discusión pública, y sobre todo semipública más libre, aunque al mismo tiempo sigue siendo intensa la represión hacia las más consistentes tendencias de oposición. A pesar de las proclamas en favor del pluralismo político —que favorecen sobre todo a las tendencias más derechistas— muchos opositores siguen en prisión.

Han aparecido conflictos sociales a plena luz en varias ocasiones y varios terrenos. Ha habido una treintena de huelgas, entre ellas la de los conductores de autobuses de Pekin, y también movimientos de soldados democráticos y de ex-presos que reclaman su rehabilitación. Pero los movimientos más espectaculares han sido los estudiantiles. Comenzaron en diciembre de 1986 en la universidad de Hefei, en la provincia de Anhui, extendiéndose rápidamente a Wuhan y a Shenzhen. El nivel de lucha más alto se alcanzó diez días después en Shangai, donde hubo una serie de manifestaciones de masas, llegando a reunir la del 21 de diciembre de 50 a 70.000 personas, entre las que había numerosos trabajadores. Después hubo manifestaciones en Pekin, pero de dimensiones más modestas.

Hay que destacar el sentido táctico y el elevado nivel político de los estudiantes. Según el periódico francés Liberation del 19.12.1986, los estudiantes de Shenzhen declararon haberse inspirado por el movimiento estudiantil francés, cuyas actividades habían conocido por la TV. En realidad las primeras reivindicaciones estudiantiles se referían a sus propias condiciones de trabajo: reducción de los derechos de inscripción, elección democrática de los representantes estudiantiles y de las autoridades universitarias. A estas reivindicaciones se le han añadido rápidamente reivindicaciones democráticas más amplias: elección democrática de las autoridades municipales y provinciales, libertad de prensa, de asociación y de manifestación, abolición de la censura, liberación de los presos políticos. En Pekín los estudiantes consiguieron la libertad de sus camaradas detenidos y en Shenzhen la reducción de las tasas de matrícula. Según el New York Times del 27.12.1986, la dirección del PCCh de Pekín prometió que en las próximas elecciones municipales se admitirían varios candidatos por cada cargo a elegir, aunque sin precisar quien seleccionaría los candidatos.

El espíritu de las manifestaciones fue claramente socialista, igualitario y anti-capitalista. En varias manifestaciones los estudiantes cantaron la Internacional y gritaron la consigna: "¡No hay socialismo sin democracia!".

Han aparecido grupos políticos de oposición, que han sido reprimidos, pero que permanecen débiles y muy localizados.

También han sido importantes los conflictos en el seno de las estructuras oficiales de poder, que han sido recogidas parcialmente por la prensa. Los conflictos más importantes son los que han enfrentado a los directores de las empresas con los comités del partido en ellas. Finalmente se han resuelto a favor de los directores de empresas, que han obtenido una mayor autonomía de decisión ("Far Eastern Economic Review", 9.10.1986). También ha habido conflictos entre los sindicatos (¿o habría que decir, las direcciones sindicales?) y los directores de empresa, porque los sindicatos reclamaban una mayor autonomía (reivindicativa).

Los sindicatos han reclamado también un derecho de veto sobre las decisiones de empleo y de despido en las empresas, aunque es cierto que este tipo de conflictos tienen por el momento un alcance limitado. En general, los derechos de los directores de empresa respecto a los trabajadores son más amplios en el sector cooperativo rural y en la industria rural que en la industria estatal de las ciudades.

El equipo de Deng intenta arbitrar estos conflictos para evitar explosiones sociales. Para ello cuenta sobre todo con la atracción de la "sociedad de consumo", es decir del "interés material" de los trabajadores. El éxito de esta política debe ser asegurado por un sistema de trabajo que liga salarios y rendimientos. Pero justamente en la medida que estos contratos se generalizan esta alternativa, válida solamente de un modo excepcional, se vuelve irrealista porque el aumento general de los salarios está limitado evidentemente por el crecimiento medio de la producción y la amplitud de las inversiones.

El "nuevo curso" en la política exterior

Los estragos de la política de los "tres mundos"(12) y la tesis según la cual "la superpotencia soviética es más peligrosa, porque es más agresiva que la superpotencia americana"

(12). Según esta teoría formulada por Deng Xiaoping en 1974, el "primer mundo" está compuesto por los EEUU y la URSS; el tercero, por los países en vías de desarrollo y el segundo por los países desarrollados, salvo la URSS y los EEUU.

(13). Los países de la ASEAN (Asociación de naciones del Sudesde de Asia) son Malasia, Filipinas, Singapur, Thailandia y Brunei.

(14). Japón justifica por un pretendido rearme de la URSS en Extremo Oriente el crecimiento de sus gastos militares que ahora superan el 1% del PNB autorizado por la Constitución (The Economist, 16 de agosto de 1986).

(15). La aproximación entre Corea del Norte y la Unión Soviética y el riesgo que se establezcan bases soviéticas en este país agravan el miedo a verse "cercados" que sienten en Pekín y, sin duda, provocará la aparición de una "cuarta condición" para la normalización de las relaciones con Moscú.



habían llevado a los desgraciados incondicionales de Pekín en Europa y en otros lugares a posiciones pro-imperialistas, incluyendo el apoyo al rearme de las potencias imperialistas, con la excepción de los EEUU. En Asia, la aproximación a la ASEAN(13) y a Pakistán había dado golpes graves a la izquierda de estos países y sobre todo a los PCs locales. Después la fracción Deng se ha replegado prudentemente hacia una posición llamada de "equidistancia" entre los "dos grandes". Pero el relanzamiento de la revolución colonial (América Central, Filipinas), de las agresiones del imperialismo americano (Granada, Nicaragua, Libia), la crisis en Africa del Sur, la emergencia de un poderoso movimiento anti-guerra en Europa capitalista y en Australia han llevado poco a poco a Pekín a ajustar su puntería en un sentido más anti-imperialista. Por el momento esto no es más que el esbozo de una nueva rectificación, pero merece la pena señalarla.

Esta rectificación se sitúa en el marco de una reconsideración más profunda de las relaciones recíprocas con Washington y Moscú, que está condicionada ampliamente por un hecho nuevo en las relaciones internacionales en Asia: el reforzamiento espectacular del imperialismo japonés.

La creciente potencia industrial, financiera y tecnológica de Tokio tiene inevitablemente consecuencias militares. De hecho, Washington estimula por el momento un rearme acelerado del Japón por razones esencialmente financieras, para reducir sus propios gastos de defensa en esta región de Asia. Las maniobras militares conjuntas de los EEUU, de Japón y de Corea del Sur a finales de octubre de 1986 son un signo anunciador de un nuevo pacto militar virtual(14). Y el enorme potencial tecnológico del Japón implica que el retraso de este país en la aviación y la industria del espacio (es decir, de fabricación de misiles) puede ser rápidamente superado. El obstáculo es realmente más político y psicológico que tecnológico en el terreno nuclear.

Esta remilitarización acelerada del Japón va acompañada de un reforzamiento de las tendencias de extrema derecha nacionalistas dentro del Partido liberal democrático del presidente del gobierno Nakasone. Este resurgimiento de la militarización viene acompañado de la rehabilitación de criminales de guerra, o incluso de todo el curso político que llevó al estallido de la guerra contra China en los años 30. Los manuales escolares niegan, o minimizan, los crímenes de los militaristas japoneses contra el pueblo chino en especial el siniestro saqueo de Nankín en 1937.

Esta evolución tiene que inquietar a los dirigentes de la República Popular China. Como son pragmáticos y realistas, no ignoran que si, en última instancia, Washington podría protegerles contra una agresión militar del Kremlin (que fue una amenaza real en el pasado, incluso utilizando armas nucleares, lo que explica en parte el giro pro-americano de Mao), el imperialismo americano no se aliará jamás con China contra Japón. De ahí se deduce la necesidad de un nuevo reequilibrio de la política exterior de China, de una normalización de sus relaciones con Moscú (sin que pueda hablarse ya del restablecimiento de una alianza chino-soviética). Gorbachov ha comprendido el cambio de clima en Pekín y ha dado ya los primeros pasos sobre todo en su discurso del 22.7.1986 en Vladivostok, para ayudar a que Deng se mantenga en esta dirección. Posteriormente se han restablecido relaciones fraternales entre el PCCh y el SED de la Alemania del Este y el POUP polaco.

De las negociaciones secretas que están en curso sólo se conocen las tres condiciones que Deng ha puesto para la normalización: la primera, la desaparición de la amenaza militar soviética por la retirada de los 600.000 soldados que la URSS ha desplegado en Mongolia y Siberia meridional y de los misiles soviéticos que apuntan hacia ciudades chinas, o al menos su reducción a un nivel suficiente para que Pekín deje de sentirse amenazado, así como rectificaciones de fronteras a lo largo del río Amour; la segunda, la retirada del ejército vietnamita de Camboya, donde se considera que está "rodeando" a China; la tercera, la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán(15).

Podemos apostar que esta última condición es la menos importante de todas. La segunda es negociable (y se puede ser reinterpretada). Y queda la primera que es en realidad la única fundamental. Su solución modificaría sensiblemente la situación estratégica y diplomática en Asia y en el Pacífico, es decir, a escala mundial. Hay que tener en cuenta que esta condición ha modificado ya parcialmente el contenido de las negociaciones Este-Oeste, ya que implica una revisión de las características de la retirada más allá del Ural de los misiles soviéticos estacionados en Europa.

En conclusión, la NEP de Deng Xiaoping no es solamente una maniobra económica que consistiría en retroceder para posteriormente poder saltar mejor: tiene también implicaciones profundas en las relaciones de clase a escala mundial. Ni la China de la época de la agonía de Mao, ni la de Deng se han insertado en el mercado mundial, contrariamente a las esperanzas que tuvieron Nixon-Kissinger, y a las apariencias de finales de los años 70. La burocracia china sigue siendo una fuerza no capitalista que tiene intereses propios y específicos que defender. Y el proletariado chino sigue siendo el actor desconocido cuyo despertar podría modificar los datos del problema.

enero 1987



habían llevado a los desgraciados incondicionales de Pekín en Europa y en otros lugares a posiciones pro-imperialistas, incluyendo el apoyo al rearme de las potencias imperialistas, con la excepción de los EEUU. En Asia, la aproximación a la ASEAN(13) y a Pakistán había dado golpes graves a la izquierda de estos países y sobre todo a los PCs locales. Después la fracción Deng se ha replegado prudentemente hacia una posición llamada de "equidistancia" entre los "dos grandes". Pero el relanzamiento de la revolución colonial (América Central, Filipinas), de las agresiones del imperialismo americano (Granada, Nicaragua, Libia), la crisis en Africa del Sur, la emergencia de un poderoso movimiento anti-guerra en Europa capitalista y en Australia han llevado poco a poco a Pekín a ajustar su puntería en un sentido más anti-imperialista. Por el momento esto no es más que el esbozo de una nueva rectificación, pero merece la pena señalarla.

Esta rectificación se sitúa en el marco de una reconsideración más profunda de las relaciones recíprocas con Washington y Moscú, que está condicionada ampliamente por un hecho nuevo en las relaciones internacionales en Asia: el reforzamiento espectacular del imperialismo japonés.

La creciente potencia industrial, financiera y tecnológica de Tokio tiene inevitablemente consecuencias militares. De hecho, Washington estimula por el momento un rearme acelerado del Japón por razones esencialmente financieras, para reducir sus propios gastos de defensa en esta región de Asia. Las maniobras militares conjuntas de los EEUU, de Japón y de Corea del Sur a finales de octubre de 1986 son un signo anunciador de un nuevo pacto militar virtual(14). Y el enorme potencial tecnológico del Japón implica que el retraso de este país en la aviación y la industria del espacio (es decir, de fabricación de misiles) puede ser rápidamente superado. El obstáculo es realmente más político y psicológico que tecnológico en el terreno nuclear.

Esta remilitarización acelerada del Japón va acompañada de un reforzamiento de las tendencias de extrema derecha nacionalistas dentro del Partido liberal democrático del presidente del gobierno Nakasone. Este resurgimiento de la militarización viene acompañado de la rehabilitación de criminales de guerra, o incluso de todo el curso político que llevó al estallido de la guerra contra China en los años 30. Los manuales escolares niegan, o minimizan, los crímenes de los militaristas japoneses contra el pueblo chino en especial el siniestro saqueo de Nankín en 1937.

Esta evolución tiene que inquietar a los dirigentes de la República Popular China. Como son pragmáticos y realistas, no ignoran que si, en última instancia, Washington podría protegerles contra una agresión militar del Kremlin (que fue una amenaza real en el pasado, incluso utilizando armas nucleares, lo que explica en parte el giro pro-americano de Mao), el imperialismo americano no se aliará jamás con China contra Japón. De ahí se deduce la necesidad de un nuevo reequilibrio de la política exterior de China, de una normalización de sus relaciones con Moscú (sin que pueda hablarse ya del restablecimiento de una alianza chino-soviética). Gorbachov ha comprendido el cambio de clima en Pekín y ha dado ya los primeros pasos sobre todo en su discurso del 22.7.1986 en Vladivostok, para ayudar a que Deng se mantenga en esta dirección. Posteriormente se han restablecido relaciones fraternales entre el PCCh y el SED de la Alemania del Este y el POUP polaco.

De las negociaciones secretas que están en curso sólo se conocen las tres condiciones que Deng ha puesto para la normalización: la primera, la desaparición de la amenaza militar soviética por la retirada de los 600.000 soldados que la URSS ha desplegado en Mongolia y Siberia meridional y de los misiles soviéticos que apuntan hacia ciudades chinas, o al menos su reducción a un nivel suficiente para que Pekín deje de sentirse amenazado, así como rectificaciones de fronteras a lo largo del río Amour; la segunda, la retirada del ejército vietnamita de Camboya, donde se considera que está "rodeando" a China; la tercera, la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán(15).

Podemos apostar que esta última condición es la menos importante de todas. La segunda es negociable (y se puede ser reinterpretada). Y queda la primera que es en realidad la única fundamental. Su solución modificaría sensiblemente la situación estratégica y diplomática en Asia y en el Pacífico, es decir, a escala mundial. Hay que tener en cuenta que esta condición ha modificado ya parcialmente el contenido de las negociaciones Este-Oeste, ya que implica una revisión de las características de la retirada más allá del Ural de los misiles soviéticos estacionados en Europa.

En conclusión, la NEP de Deng Xiaoping no es solamente una maniobra económica que consistiría en retroceder para posteriormente poder saltar mejor: tiene también implicaciones profundas en las relaciones de clase a escala mundial. Ni la China de la época de la agonía de Mao, ni la de Deng se han insertado en el mercado mundial, contrariamente a las esperanzas que tuvieron Nixon-Kissinger, y a las apariencias de finales de los años 70. La burocracia china sigue siendo una fuerza no capitalista que tiene intereses propios y específicos que defender. Y el proletariado chino sigue siendo el actor desconocido cuyo despertar podría modificar los datos del problema.

enero 1987